EXTRAVÍO, Y AMBICION.

PIEZA ORIGINAL

EN TRES ACTOS

POR

J. A. P.

BARCELONA.

En la Oficina de Francisco Ifern y Oriol.

Año de 1804.

PÚBLICO BONDADOSO:

Duélete de mí, pues se me ha pegado la epidemia del siglo. ¡Mas ay! me temo que pronto pasaré á ser el mismo contagio, ¿pues qué otra cosa es un mal autor, que la peste del buen gusto, y la guadaña de la erudicion? Vaya que eres un loco de atar, me dirás, ¿si no estás aun tan rematado, que te conozcas, como es posible quieras pasar por tal? ¡Ay amigo! que el pus de la vanidad me ha inficionado el celebro, y he de ser autor mas que le pese á mi bisnieto; ¿te parece dexaré escapar tan buena ocasion? no tendrias tú la culpa. ¿Quien sabe si desde que hay viñas, ha habido una época tan oportuna para meterse á autor, y alcanzar con tanta facilidad tan glorioso nombre? En otro tiempo, los que anhelaban adquirir tal lauro, se ensanchaban la frente con las manotadas que se daban para excitar las especies, el pelo de puro discurrir se les convertia en cáñamo, se comian las uñas combinando lo que inventaban, y á la fin y postre muchos envejecian con sus deseos, y morian con sus esperanzas: pero ahora, *tempora mutantur*, *& nos mutamur in illis*, ¿quiere uno ostentar su talento? no hace mas que pillar un autor ultramontano, traducir veinte, ó treinta páginas en bilingüe ó trilingüe", y ételе autor redomado: luego adoptando algun dictado campanudo, se llama autor sentimental, &c. y empieza á tildar lo que no entiende, y por lo mismo hace poco caso de los autores de mas nota. ¿Quien no extrañaria el oir criticar qualquiera pieza, á gentecilla que apenas sabe lo que significa el verbo mocosueno, mocosuenas &c.? pero ¡qué mucho! si ya todos somos autores, además que hasta las damas comunes, y las fregonas no tienen el menor escrúpulo en decir esta pieza es mala. Al acabar este período me sorprehende un amigo, toma mi discurso preliminar, lo lee, y me dice soltando la carcajada. "Hombre, tú haces lo que el cuerbo de la fábula, pues aunque no sabia mas que graznar, movido por la adulacion de la raposa, soltó su queso para ostentar la dulzura de su voz: pues aplica el cuento; tú cediendo á los alhagos de la vanidad, soltando el temor y la modestia, te has metido á graznar.„ ¿Qué sabes tú? le respondí con mal gesto, los inteligentes son pocos, y muchísimos los ignorantes, con estos ya tiene uno bastante partido, y en fin siempre me queda el consuelo de que no soy solo, "¡Buen consuelo á fe mia! replicó el re-

parón amigo. Vaya de invencion una fabulilla que á tí y á muchos os vendrá pintada.

Cierto gato de provecho
Agarró un pobre raton,
Que al apretarle el harpón,
Le reprehende de tal hecho.
El gato, que satisfecho
Jugueteaba con su presa,
Le respondió, ni por esa
He de soltarte, taimado,
Pues has de morir mascado
Y ser plato de mi mesa.

El raton, desesperando
Escaparse de sus uñas,
Dice, bárbaro, no gruñas,
Ni ensobervezcas pensando,
Que porque me estás matando
Abates mi pundonor:
No: sabe que tu rigor
Es para mí mayor gloria,
Porque imito así la historia
De mi linage roëdor.,,

Hombre, quanto has charlado para decir, *mal de muchos consuelo de tontos*. Vamos, déxate de reparos ya que tu venida me obliga á dexar mi discurso preliminar, el qual mas que te pese, he de insertar en la primera obra que dé á luz. "Ven acá, trompeta, sino fuera tu amigo, poco me importaria el que se riese el mundo de tí, y te tuviera por un quadrúpedo. Apriétate un poco esa mollera, y dime ¿que conexîon tiene este discurso preliminar, con la obra que publiques, si ní siquiera has hablado de ella? Si hubieses dicho, discurso inconexô, ó suelto, ya lo entiendo; porque rumiando como muchos, eres muy y muy dueño de ensartar una retahila de disparates.,, ¡Hombre del diablo, calla! ¡Si tú no conoces el gusto del dia! quando se llenen páginas, basta, mas que no se diga nada: y en resumen no te canses, que no me sacarás de mis trece, y el discurso se ha de enmoldar así sin añadirle, porque estoy aburrido de los apuros que me ha costado el hacerme autor; ní quitarle, porque tampoco es razon se desperdicie nada de mi trabajo, y pues te pintas por tan cuerdo, dí lo que quieras de la pieza, una vez que estás bien enterado de ella; mientras yo me recomiendo á la bondad y proteccion de mi amado Público, reiterandome su mas atento S.

J. A. P.

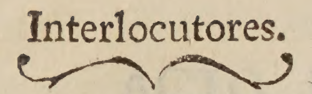
PRUDENTE LECTOR.

Si no fuese tanta mi intimidad con el autor, pues somos una misma cosa, me guardaria muy bien de formar una letra, que supiera ha de ver la prensa; pero como somos tan amigos, venzo mi repugnancia para hacerle quedar airoso. El asunto original, *Extravío, y Ambicion*, que te presenta, aunque muy ínfimo, en comparacion de otras composiciones de grandes autores, con todo me lisongeo que las ideas y moralidades contenidas en él, no dexarán de hallar buena acogida en aquellos lectores sensatos y desimpresionados. El extravío del Conde, presenta un exemplar, por desgracia, bastante trillado en nuestros tiempos; su ciega creencia en los discursos de su seductora, el modo de portarse con su esposa, y sus excusas, no discrepan en nada de lo que sucede en la práctica. El carácter de la Condesa dulce, sumiso y amante hasta en los mayores desprecios, manifiesta el modo con que deben portarse las casadas con sus maridos extraviados, y los consejos de su aya Margarita, muger amaestrada en la experiencia, lo que deben practicar en tales circunstancias aquellas desgraciadas, á quienes una muger intrigante, ambiciosa y depravada, de la catadura de Isabel, les priva del cariño de sus Esposos. ¡Quan mal aconsejadas son aquellas que intentan reducir á sus maridos por medio de la justicia! ¡Ah! que no saben que semejantes tentativas léjos de conciliarlas el afecto de su compañero, no consiguen otra cosa que exâltar su odio contra ellas, su pasion hàcia sus rivales, é imposibilitar el reconciliarse en ningun tiempo. El infeliz Douvigní ofrece la perspectiva de un joven, á quien los malos compañeros, y la seduccion de una muger artificiosa, lograron apartar del camino de la virtud, y labrarle el precipicio como á otros muchos; pero que aun no se ha olvidado enteramente de sus buenos principios, y que aburrido de llevar una mala vida, únicamente la necesidad puede obligarle á segundar las intrigas de su pérfida amiga. Bérti figura uno de aquellos hombres, que gustan de enredos amorosos, y que para lograr el trato de una muger, se hacen ridículos, cometen qualquiera baxeza, y no

dudan exponerse á los mayores riesgos; pero fuera de esta debilidad son bastante razonables y conseqüentes. El Mayordomo Dumuy representa uno de aquellos criados mas fieles y adictos á sus amos, y al mismo tiempo un hombre sencillo y sin prevision. En fin el autor intenta probar, que la mayor parte de las desgracias que oprimen á la humanidad, nacen de la depravacion, y extravíos de los Padres de familia: ellos sirven á sus hijos y súbditos de sosten, como las estacas á los árboles tiernos, pues si estas se doblan, indefectiblemente se vician los troncos que están apoyados en ellas. No me queda mas que decirte, sino que recibas los desvelos de mi compañero con aquella benignidad, que hace tu distintivo, y de la que no duda

El amigo del Autor.

Interlocutores.	*Actores.*
El Conde de Vanneston.	*El Sr. Fernando de Castro.*
La Condesa, su Esposa.	*La Sra. Maria Dolores Pinto.*
Berti, amante de la Condesa.	*La Sra. Maria Morante.*
Margarita, anciana, Aya de la misma.	*La Sra. Maria Chocomeli.*
Isabel, muger ambiciosa.	*La Sra. Josefa Solís.*
Douvigní, su amante.	*El Sr. Tiburcio Solisbella.*
Dumuy, Criado antiguo del Conde.	*El Sr. Dionisio Ibañez.*
Criados de librea.	*El resto de la Compañía.*
Dos Criadas.	
Aldeanos.	



La Escena se finge en una Quinta del Conde, en las inmediaciones de Fontainebleau.

Improbe amor. Quid non mortalia pectora cogis?

Virg. Æneid. Lib. IV.

. . . . *Quid non mortalia pectora cogis*

Auri sacra fames? . . . .

Id. Lib. III.

¿ Á qué á los mortales incautos no inducen
De infausta pasion deseos insanos ?
¿ A qué la ambicion , y anhelos profanos
De honores fatales á todos reducen ?
Si pensáran , quales desgracias producen
Impuros amores , y viles riquezas;
Odiáran errores , ó mejor flaquezas,
Que á los racionales en tanto deslucen.

ACTO PRIMERO.

Patio con vista de Jardines.

ESCENA PRIMERA.

Margarita y la Condesa, cuyo semblante y acciones expresarán la tristeza de que se halla poseida.

Condesa. ¡Ah mi Margarita! Mis disgustos son tan freqüentes, que aunque hago para vencerlos, abaten toda mi constancia.

Marg. Hija mia, es verdad que á cada instante el Conde, y esa maldita Isabel te sugieren nuevos motivos de desazon; pero con todo no debes aun desesperar: el buen carácter de tu Esposo me confirma en mi opinion.

Cond. ¿Quien lo habria pensado de Madama Isabel? ¡Quando me acuerdo del modo con que supo atraerse mi confianza y ganar mi amistad!.... ¡Ah mi buena Mamá! no os engañasteis en vuestras sospechas. ¡Oxala hubiese atendido á vuestras observaciones y seguido vuestro dictámen! ¡Muger artificiosa! ¿Os acordais de su actividad y sumision en servirme y adivinar mis gustos? ¿De tantas veces como reprehendia á mi esposo, si no acertaba á complacerme?

Marg. Eso era lo que mas cooperaba á mi desconfianza. Una jóven como tú, sencilla y amable, está muy léjos de conocer las astucias y política de una muger corrompida. Yo, que la seguia los pasos y observaba su conducta, formé de ella un concepto muy siniestro; y no me engañé. Tú despreciaste mis con-

sejos... Sin duda que entonces me tendrias por una calumniadora, y.....

Cond. No añadais á mi arrepentimiento el rubor de mis faltas, supuesto me las habeis perdonado. ¡Quan buena fuisteis en no abandonarme quando desprecié vuestros consejos! ¿Qué seria de esta pobre muger si la faltasen vuestros consuelos?

Marg. ¿Y qué seria Margarita sin tí? Léjos de apartarme, sufria tus desvíos, en la seguridad de que pronto se romperia tu liga con una hypócrita; que desengañada correrias de nuevo á mis brazos, y nuestra amistad seria en adelante incontrastable: una alma cándida no podia comunicar largo tiempo con un corazon empapado en la maldad.

Cond. ¡Vos sois tan rígida! El que no os conociese á fondo, pensaria ó que Isabel es una fiera, ó que solo una aversion infundada os dicta tales expresiones.

Marg. Aun no son bastante odiosas. Sabe... pero no... quizá lo que iba á declararte, te confirmaria en lo que acabas de decir.

Cond. Hablad, informadme de todo. Una funesta experiencia demasiado me ha convencido de que debo creeros.

Marg. ¿Tu hijo no se ahogó en la Cascada de los Tritones? (*La Condesa dá un profundo suspiro.*) Pues estoy casi cierta de que lo sumergió Isabel.

Cond. ¡Buen Dios!

Marg. Sí, hija mia: no lo digo sin fundamento. Quando todos ignorábamos el paradero del Condecito, solo esa muger supo atinar donde estaba. ¿Qué te parece? Tengo otros muchos antecedentes que no me engañan.

Cond. ¿Qué la hizo mi infeliz hijo? ¿Qué pretende sacar de su muerte?

Marg. ¿Qué pretende? Que perezcas al rigor de los golpes que te ha hecho sufrir. ¡Plegue á Dios que

mis vaticinios no se verifiquen! Amiga mia, sin duda te está preparando otros y aun mas exquisitos. ¡Ah! Mucho me temo que esa muger acabará con todos los de esta casa.

Cond. ¡Ah mi buena Mamá! ¿Como alejarémos de nosotros á esa fiera? ¡Me horrorizo al imaginar que nos abriga un mismo techo!

Marg. Por ahora no hay medio; no hija mia. El corazon del Conde está enteramente prevenido á su favor, y todas nuestras tentativas no solo se frustrarian, sino que se volverian contra nosotras. Las circunstancias en que te hallas son muy críticas; creeme, querida, ellas exîgen de tí resignacion y sufrimiento.

ESCENA II.

Las mismas y Douvigní.

Douv. (*Á la Condesa.*) ¡Mucho habeis madrugado, Señora! (*Á las dos*) Os deseo el dia mas feliz.

Cond. Igual os lo deseamos.

Marg. ¿Sin duda no contabais con este tropiezo?

Douv. Soy ingenuo: buscaba á Isabel.

Marg. (*Con ironía.*) Cosa nueva para vos.

Cond. ¡Qué mucho que dos hermanos deseen estar siempre juntos!

Marg. Á fe mia están mas que hermanados.

Cond. ¡Oh! se quieren muchísimo.

Douv. En otro tiempo la quise. ¡Pero es ya tan ingrata para mí!

Marg. Á la verdad que no lo manifiesta; pues siempre vá la soga tras el caldero.

Douv. No lo extrañeis ¡Es tan fingida! Si vos la conocierais....

ESCENA III.

Los precedentes é Isabel, que al oir su nombre se sobresalta.

Marg. ¿No conozco á Isabel?

Douv. No, no la conoceis.

Isab. (*Ap.*) Me interesa cortar semejante conversacion. (*Se adelanta y dice:*) Sí, todos me conoceis. ¿Soy yo acaso una muger misteriosa?

La Condesa afecta enojo, Douvigní apenas sabe articular, solo Margarita conserva su serenidad y dice aparte á la Condesa.

Marg. Repórtate hija mia: aquí de todo tu disimulo.

La Condesa se contiene.

Douv. Como me incomodé con lo de anoche...

Isab. No lo extraño, ní hago caso de tus expresiones; de las de Madama Margarita sí, porque ignoro el como se las he merecido.

Marg. (*Con afectacion*) ¿Pues qué dixe de vos? Yo os admiro por una muger de las mas raras circunstancias: sois sutil, astuta y... vaya, ved si con razon pretendo conoceros á fondo.

Isab. (*Ap.*) Sus sátiras me ofenden. (*Á Margarita.*) Siempre tendré presente lo mucho que me apreciais; ya lo experimentaréis. (*Á la Condesa.*) Amiga, vos vivís muy retirada. ¿Qué... qué sé yo quantos dias há que no os habia visto? Muger, apartad de vos la fúnebre melancolía; mirad, es un mal que si lo fomentais, pronto os aniquilará. (*Ap.*) ¡Oxala!

Cond. Mi constitucion y mi gusto por la lectura me inducen á desear la soledad; y como mi Marido no se opone á que viva retirada, satisfago mi inclinacion.

Isab. No, Condesa, en los primeros años de nuestra amistad os eran muy extrañas semejantes inclinaciones; al contrario, apeteciais los paseos, las diversiones y las concurrencias. (*Con afectacion y mofa.*) Seguramente vuestra nueva conducta procede de los prudentísimos y sapientísimos consejos de la gran Margarita. ¡Mas ay, ay, ay! ¿Donde está mi cabeza? (*Á Margarita*) Pobre amiga, ¡quanto

habrá padecido vuestra modestia con mis alabanzas!

Marg. No importa; pues sé hacerme cargo de las expresiones, y de los sugetos que las profieren. Ya se vé. Muy mal me sentarian los años que tengo, si aun ignorase el aprecio que se merece una persona de vuestras prendas. (*A la Condesa.*) Hija, acuérdate que aun no nos hemos desayunado y tambien de mi paseo por el Rio: no sea caso que me salgas con estorbos; ya sabes es mi diversion favorita, que tantas veces se me ha frustrado y no...

Cond. No teneis que rezelar.

Marg. Vamos. Isabel nos dará permiso, y quizá tendrá la bondad de acompañarnos. (*Aparte.*) De este modo evito conversaciones desagradables y peligrosas.

Isab. (*Rebusándolo.*) Agradezco la oferta.

Marg. Paciencia. (*A la Condesa.*) Vamos.

Cond. Á Dios Isabel.

Isab. Á Dios amiga. *Vanse las dos por la derecha, Douvigní las sigue; pero Isabel le detiene.*

ESCENA IV.

Isabel y Douvigní,

Isab. ¿ Ibas á buscar nueva ocasion de venderme? ¿Estás loco?

Douv. Sí lo estoy. ¡ Muger ingrata! Despues que me has perdido, que has malgastado todo mi dinero, que me has complicado en los crímenes mas atroces, ¿ quieres que conserve sano el juicio? No, esta no es vida. Cada lugar que piso me acuerda un delito, excita mil remordimientos, y amenaza con la muerte. Yo estoy decidido: antes que otro Sol amanezca dexaré esta mansion. (*Con ironía.*) Tú, no lo dudo, permanecerás en ella; pero sabiendo el Conde y su familia á quien abriga en su seno...

Isab. ¿Como te he merecido tan viles procedimientos?

Douv. Los tuyos, y los que por tu causa he contrai-

do, sí lo son; pero no estos. Dime: al entablar tu amistad con la Condesa ¿no me aseguraste infinitas veces que todas tus miras se dirigian á grangearme un establecimiento brillante, para indemnizarme de la miseria á que me reduxiste, disipando mi patrimonio? ¿Pues á que vino agriarte con la Condesa, y aficionar al Conde? ¿Pretendes que yo viva seguro en tus protestas, viendo que éste, solo por tu influxo, se indispone con todos sus criados y amigos, y desprecia á una consorte que antes idolatraba? Ya no permitiré que burles en adelante mi credulidad, correspondas al Conde, y llenes de amargura los dias de su Esposa. Voy á correr el velo que cubre tus imposturas, y á alejarme de tí para siempre.

Isab. ¡Qué enorme distancia media entre lo que fuiste, y lo que eres!

Douv. En tu vida habias hecho reflexîon mas acertada. Fuí hijo de Padres los mas honrados, yo tambien lo era, y solo dexé de serlo quando te conocí.

Isab. ¡Quan mal pagas mis desvelos! (*Ap.*) Pícaro, yo te ganaré por la mano. – ¿Quantas veces te he dicho que la Condesa es una muger sin espíritu, en extremo codiciosa, y que nunca adelantaria nada con ella; y ahora extrañas el que me valga del Conde?... Pero de nada sirve reproducir satisfacciones que tantas veces te he dado. Sin duda que mi correspondencia te fastídia, y vas amontonando pretextos para abandonarme.

Douv. Lo que me fastídia es tu intimidad con el Conde.

Isab. ¿Á tí qué debe importarte de ella, si te he jurado fidelidad?

Douv. Las mugeres de tu clase á todo el mundo la juran, pero á nadie se la guardan: y sino dime ¿qué necesidad tenias de hacerme pasar por hermano tuyo?

Isab. ¡Ingrato! No con dicterios tan groseros pretendas paliar tu mudanza. Mas si aun te merezco algun

afecto, atiende por la última vez á mis promesas; y si resultaren falaces, elige entonces la venganza que mas satisfaga á tu despecho.

Douv. Explícate.

Isab. El Conde me confió que mañana debia pasar á la Corte. Yo, que jamás olvido al que llena todo mi corazon, le supliqué te proporcionara algun cargo que reparase tu escasa fortuna; á lo que accedió, asegurándome interpondria todo su valimiento para colocarte en un buen empleo. Para darte una sorpresa agradable, no te lo comuniqué; mal hice, pero ya llevo mi pago.

Douv. (*Ap.*) Contemporizaré por si esta vez no miente. - Me allano á tu solicitud: esperaré el regreso del Conde, y sus resultas; mas no confies en mi condescendencia, si se verifican contrarias.

Isab. (*Ap.*) Buen cuidado me tendré de que no veas su éxîto.

ESCENA V.

Isabel y Douvigní en conversacion van caminando hácia los Jardines. La Condesa vuelve con Margarita.

Cond. ¿Qué quereis que os diga? Pedidme otra cosa; vereis que ni siquiera vacilo en otorgárosla: pero embarcarme de ningun modo. Desde que ví á mi hijo ahogado, he concebido tal temor al agua, que no me es posible vencerlo.

Marg. En fin tendré que ir sola.

Cond. Y si yo habia de aconsejaros, no iriais; temo, que os exponeis demasiado.

Marg. Esa es mucha timidez. Toma, ¡como si todos los que entran en el agua, habian de ahogarse! á mas de que si tu hijo murio en ella, casi no podemos dudar de que Isabel fué quien lo causó.

Cond. Pues solo en ella se fundan todos mis rezelos. ¿En su presencia no hablasteis de vuestro deseado paseo por el Rio? Pues temed que la que supo ha-

llar medio para ahogar á mi hijo, sabrá tambien maquinarlo contra vos; y con mayor fundamento si reflexîonais que aquel inocente en nada pudo ofenderla, y que vos, despues de mí, sois su mayor enemiga.

Marg. Te confieso llanamente que no habia dado en ello.

Cond. Vos me habeis hecho abrir los ojos, y enseñado á desconfiar de todo.

Marg. Ya empiezas á aprovecharte de mis lecciones: apuesto quanto valgo, que si llegas á mis dias, serás mi mas fiel traslado.

Cond. ¿Y ahora insistís en ir?

Marg. Sí, y mucho.

Cond. Á deciros lo que siento, cometeis una imprudencia.

Marg. (*Reparando en Isabel y Douvigní, expresa haberla ocurrido una grande idea.*) Calla amiga; tú verás como se verifica mi paseo con toda seguridad: admira lo vasto de mi ingenio, y al mismo tiempo nota y aprende. (*Se adelantan hácia Isabel y Douvigní que vuelven.*) Bueno, bueno; (*en tono de zumba*) la sesion seria de provecho, que tanto ha durado: siento interrumpirla.

Cond. Vos os contradecís.

Marg. ¿Porqué podia excusarlo?

Cond. Seguramente.

Marg. Isabel me lo disimulará.

Isab. Eso ya lo sabeis vos.

Marg. Solo el deseo de disfrutar de tan amable compañía...

Isab. Excusad cumplimientos: no lo dudo.

Marg. Vaya, sin preámbulos. No ignorais que he resuelto dar una vuelta por el Sena: espero merecer de vuestra bondad el que me acompañeis.

Isab. (*Ap.*) ¿Á qué viene semejante agasajo?

Marg. Ved si aprobais lo que tengo proyectado. Despues de cortar la corriente, desembarcarémos en Fontainebleau. ¡Quantos objetos de admiracion nos ofrece allí la naturaleza! Parece que esta Madre pródiga se ha esmerado en acumular en aquellos sitios todas las delicias apetecibles. Cada uno adoptará su diversion favorita. La mia consiste en la pesca: no puedo ponderaros el atractivo que tiene para mí este exercicio, y estoy cierta que si lo probais una vez, querreis repetirlo á menudo.

Isab. Excusadme. De algunos dias á esta parte me hallo indispuesta del estomago, á mas de que me mareo sobremanera: siento infinito tener que privarme del gusto de acompañaros; pero la Condesa y Douvigní suplirán mi falta. (*Ap.*) ¡Qué coyuntura tan favorable á mis proyectos!

Marg. ¡Que nunca puedan realizarse mis deseos!

Isab. ¿ Pero porqué? Yo no soy de necesidad absoluta, y sin mí tambien os divertireis.

Cond. Es que tampoco voy.

Isab. (*Ap.*) Malo. - Lo estraño, porque sé habeis vadeado juntas varias veces el Rio; por tanto no teneis disculpa.

Cond. ¡Demasiado que la tengo! Mi temperamento ha variado enteramente: la sola vista del mas pequeño lago me inmuta y trastorna sobremanera.

Isab. Margarita, si quereis ir, no desistais por eso. Douvigní no tiene impedimento alguno; y aunque lo tuviere, yo me empeño en que os vaya sirviendo.

Douv. Por mí concedido.

Marg. Del mal el menos: agradezco la condescendencia. (*A Isabel.*) Supongo no os picarán los zelos.

Isab. ¿ Qué zelos ? ¿ De mí hermano?

Marg. Ya, ya. Hay hermanos que se aman mas que si no lo fueran.

Isab. Pero mas que sea chanza, no lo consentiria, si

fuese cosa mia; pues á pesar de que ya sois anciana, conservais en vuestro semblante vestigios de la hermosura, que un tiempo disfrutasteis: vaya que todavía no faltaria quien...

Marg. Isabel, Isabel... ¿Sabeis qué absurdo habeis cometido? Pero conmigo estais á salvo: apuesto que qualquiera otra...

Isab. No comprehendo que he dicho, que ní á vos ní á otra ofender pueda.

Marg. ¿Qué habeis dicho? ¡En estos tiempos llamar anciana á una muger que no chochee! Sabed, ya que en este punto os hallo tan ignorante, que en nuestros dias no puede hacerse diferencia alguna entre Madres é hijas, jóvenes y viejas, sopena de atraerse un odio implacable. Todas deben tratarse con los mismos términos y franqueza; de modo que una Señora de mayor edad no dará su parecer antes que una jóven, solo por no ser tenida por vieja, y lo que en otro tiempo habria sido un desacato intolerable, es ahora de necesidad extrema; pues de lo contrario estais á pique de reñir con vuestra mayor amiga. No nos cansemos, es preciso borrar de todo diccionario los Sinónimos femeninos, Señora mayor, anciana, vieja, abuela, &c.

Isab. Os agradezco la leccion, y aseguro que me será de provecho.

Douv. Y á mí, pues no lo es de poco para un hombre. En fin, Madama, disponed quando gusteis. *Partiendo.*

Marg. A eso de las quatro: pero despues de la mesa nos veremos.

ESCENA VI.

La Condesa, Isabel y Margarita.

Marg. (*Á la Condesa.*) Amiga, la labor nos espera, me parece que ya es hora.

Isab. El exercicio de la labor no sienta bien á una noble.

Marg. No confundamos los términos; decid que no le

agrada. ¿Qué cosa hay mas digna, que emplear el tiempo en cosas útiles? Las mugeres mas sábias y grandes no se han desdeñado de ella, conociendo lo pernicioso que es á la sociedad un ente poltronizado en el ocio. Yo os protesto que á no ser este alhagüeño enemigo de los hombres, no infestarian nuestras Ciudades tanta multitud de mugeres prostitutas, se tributaria mayor respeto á las que no conservan sino en público el nombre de Señoras, y la disension no reynaria en las familias.

Isab. (*Enfadada*) Digo que teneis razon. Quedad con Dios. *Parte.*

ESCENA VII.

La Condesa y Margarita.

Cond. ¡Qué mal la ha quadrado vuestro discurso! Vuestra moral es excelente, ¿pero á qué viene emplearla con quien no hará caso de ella?

Marg. ¿Qué quieres que te diga? en tocándome ciertos puntos, no está en mí el contenerme. ¡Mal haya mi viveza! ya me arrepiento.

Cond. Y con razon, pues solo cooperará á acibarar nuestra suerte.

Marg. Ya está hecho. Ahora me acuerdo que esta mañana debe regresar Dumuy, el mas antiguo de los criados del Conde, el único que se ha interesado en nuestras penas, y que para aliviarlas se expondria á qualquier riesgo. ¡Ah qué fiel amigo! ¡Qué excelente! Quiero saber si ha llegado. *Parte.*

ESCENA VIII.

La Condesa

Cond. ¡Es posible que mi Esposo se haya trocado de tal manera, que léjos de amarme, toque ya en el extremo de aborrecerme! ¡Que á tanto llegue su pasion y ceguedad, que no conozca los artificios de una rival detestable, que vendiéndoseme por amiga, y

valiéndose de la confianza y amistad que incautamente la prodigué; ha empeñado todo su conato en seducir su corazon, y en alarmar su odio contra la víctima de su perfidia! ¡Insensato! ¿Serás tan débil que creas tu amante á quien atropella tan vilmente la amistad? Si la considerabas amiga mia, ¿como te resolviste á reconocerla tu amante? ¡O tú dulce esperanza, único alhago del infeliz! baxa al fondo de mi corazon á tranquilizar un tanto las angustias de que se halla combatido. ¿Quando, arrebatada del mas tierno encanto, podré exclamar? ¡Mi adorado Esposo, gracias al Cielo que vuelvo á abrazarte, curado de tu vergonzosa pasion! ¡Dia de delicias, apresura tu llegada! ¡Oh gran Dios! ¡y qué alabanzas seran bastantes para agradeceros tal exceso de felicidad!

ESCENA IX.

La misma y el Conde, que al ver á su Esposa intenta retroceder.

Cond. Conde ¿qué es esto? ¿Habeis jurado huir de mí? ¿Tanto os es insoportable mi presencia?

Conde. Señora, ¿á qué vienen tales exclamaciones? ¿Acaso no soy dueño de mis pasos, paraque no pueda venirme y volverme quando me dé la gana? ¿Pues qué irregularidad notais en esta accion?

Cond. Muchísima. Permitid, dueño mio, que una Esposa amante se queje de la indiferencia con que la tratais, que eche menos las caricias de un Esposo, que en otro tiempo dedicaba todos los momentos de su vida en adorarla, y el único en que se hallaba privado de su vista no sosegaba.

Conde. ¡Qué frívolos cargos! propios solamente de la debilidad de una muger. ¿Pretendeis que un hombre de mi clase sea vuestro estafermo, y que consumiendo su vida en una afeminacion vergonzosa, la emplee solamente en inventar y repetir requiebros amorosos? Esto

puede tolerarse los primeros años del matrimonio; pero luego debe el hombre sensato entregarse á los negocios, y vivir para todos.

Cond. Eso no se opone á que el Marido conserve todo el cariño á su muger, y se lo exprese en aquellos ratos libres de cuidados.

Conde. Los mios son grandes: la poca tregua que me conceden, me dexan tan disgustado que no estoy para nada.

Cond. Estas son excusas de estilo.

Conde. Pues me iré para excusarlas.

Cond. No así me abandoneis. Por el eterno amor que me jurasteis al pie de los Altares, y tantas veces me habeis ratificado, os suplico me atendais.

Conde. (*Aparte conmovido.*) No puedo resistirme.

Cond. No correspondais á mi ternura con tan excesiva indiferencia. Volvedme un corazon que siempre fué mio, para que yo demore en él, y revivan aquellos dias dichosos, durante los quales jamas fué interrumpida nuestra felicidad. Haced mencion de nuestras diversiones, de nuestros paseos, de nuestros razonamientos, y vereis que en ellos todo respiraba amor. Haced memoria de aquellos tiernos retoños de nuestro cariño, engendrados en mi seno, hacedla de que siempre os he idolatrado, y jamás os he ofendido. Una esposa, toda afecto, toda ternura, os conjura de ello.

Conde. (*Dándose por desentendido.*) ¿Á donde va á parar vuestro discurso? ¿Qué pretendeis? ¿Acaso se os ha faltado en algo? Sino es que alguno os haya insultado. No me lo oculteis: vuestro honor es el mio, y no sufriré que nadie lo empañe.

Cond. ¡Ah Conde! Vos disimulais. No me contextais al caso. Quando lloro vuestra pérdida, quando vuestro abandono me abate, quando me abruma esta existencia, ¿no los estimais motivos relevantes para im-

portunaros con mis quejas?

Conde. ¡ Qué extremada estais hoy! Ignoro que novedad ha motivado esas acaloradas expresiones. Paréceme que siempre os he tenido igual afecto: pero si mi distraccion os ha alarmado y atizado los zelos, desde este momento podeis tranquilizaros. Los asuntos de mí familia y las comisiones de importancia que la Corte se ha dignado confiarme, me tienen tan ocupado que hasta de mí mismo me olvido, y así lo que os parece indiferencia, solo es efecto de mis quebraderos de cabeza. Cesad de atormentaros con intempestivos zelos, y disfrutad de los placeres y diversiones que os proporciona vuestro estado.

Cond. ¡ Válgame Dios! ¡Qué crédula me suponeis! Yo sola experimento los efectos de vuestras tareas. Seguramente que esos no transcienden á la que nó echa menos vuestra continua concurrencia.

Conde. (*Encolerizado.*) ¿ Hasta donde llegará vuestro atrevimiento? ¿ Habeis desconocido vuestros deberes para faltarme al respeto? ¿ No temeis apurar mi sufrimiento y excitar mi enojo? Despues de toleraros quejas extravagantes, ¡ osais reconvenirme, é infamar á una que fué vuestra amiga y es tan honrada como vos! (*La Condesa va á humillarse, y á tomar la mano de su Esposo, que enfurecido la echa en el suelo.*) ¡Eh! apartad, muger frenética. (*Parte.*

ESCENA X.

Dumuy, que viendo á la Condesa en el suelo, corre afanado á socorrerla.

Dumuy. ¡Señora mia de mi alma! ¿Qué es esto? ¡Acaso vuestro Esposo...!

Cond. ! Ay amigo! Á tanto llega mi desgracia, que ní me es permitido el quejarme. He hallado al Conde menos ceñudo que otras veces, y me he aventurado á hacerle algunos cargos, los que ha sufrido y aun

se me ha excusado, pretextando ocupaciones y otras razones frívolas; pero al tocarle á Isabel se ha enfurecido de tal modo, que sin tenerme consideracion alguna me ha arrojado en el suelo. (*Desconsolada.*) ¡Ingrato! ¡Quando yo iba á humillarme y á darle satisfaccion!

Dumuy. ¡Quan acreedora sois á la piedad! Pero Señora ¿quereis pasar vuestra vida en esa continua amargura? ¿sufrireis perpetuamente los ultrages de un hombre, cuyo principal explendor dimana de vuestro enlace?

Cond. ¿Y qué recursos le quedan á una muger aborrecida?

Dumuy. Vuestros Padres ¿no son tan poderosos en la Corte? ¿Porqué no les participais vuestro deplorable estado? ¿Porqué no os acogeis á su proteccion?

Cond. Solo serviria á irritarle mas y mas. Tú conoces su carácter firme é incontrastable, y semejantes tentativas quizá me quitarian toda esperanza de volverle á poseer.

Dumuy. ¡Quanto os compadezco!

Cond. Sí amigo, quiero ver si mi sufrimiento y silencio podrán obligarle. ¡Dichosa yo, si á costa de mi vida alcanzo reconquistar su corazon!

Dumuy. ¡Qué excelente Esposa! Señora, vos pensais de un modo tan sublime, que manifiesta la bondad y grandeza de vuestra alma. ¡Qué lástima que no os haya cabido mejor suerte! ¡Y quan raras son en el mundo las mugeres como vos!

ESCENA XI.

Los mismos y Margarita.

Marg. ¡Como! ¿Tú llorosa? Dime ¿qué te ha sucedido?

Dumuy. Que ha de ser: ya os lo podeis figurar. Demasiado buena es mi Señora. Á fé mia que en

mis manos ya sabria ese Conde ingrato á quien atropella. (*Á Margarita.*) Yo no sé si vos seriais de mi dictámen: pero yo la decia á mi Señora ¿porqué no acudia á sus Padres? pues quando no se lograra otra cosa, á lo menos desterrarian de esta casa á esa desvergonzada.

Marg. Sois un viejo muy amable, pero muy poco experimentado. Seriais buen consejero para alborotarlo todo.

Dumuy. Sí, pues no falta mas sino que la pobre Señora tenga que consumir sus años en un martirio continuado, sin poder siquiera resollar, ni quejarse, sopena de llevar un empujon que la haga medir el suelo. Poneos en su lugar.

Marg. ¿El Conde....?

Cond. ¡Ay querida Mamá! Le reconvine, es verdad, pero...

Marg. ¿Qué podias esperar? ¡Un solo momento que he faltado! ¿Quantas veces te he impedido que lo hicieras? ¿Quantas te he pronosticado que si lo verificabas, tendria un funesto éxito? ¿Lo vés, amiga mia? Así como el regreso del astro luminoso disipa las nocturnas sombras, é ilustra el hermoso quadro de la naturaleza; del mismo modo el de la antorcha de la razon desvanecerá las preocupaciones y pasion de tu Marido. Sí, querida. El Labrador que quiere coger buena fruta, aguarda á que esté sazonada: pues si tú deseas coger el sabroso fruto del arrepentimiento de tu Esposo, debes contemporizar hasta que su vuelta sea sazonada por el desengaño y reconocimiento.

Dumuy. Alabo vuestra cachaza. ¿Y si al Señor amo no le dá la gana de acordarse mas de su muger; no hay mas que morir sufriendo y callando? ¡Bueno!

Marg. Sois un machaca, Señor Dumuy. Decidme. ¿El corazon del Conde no está ya contaminado?

Cond. ¡Oxala no fuese tan cierto!

Marg. ¿Y todas las amenazas, pleytos y sentencias harán que dexe de serlo?

Dumuy. De ningun modo.

Marg. ¿Pues qué sacaríamos de alborotar la cosa?

Dumuy. ¿Qué sacaríamos? Á lo menos pagarle disgusto, con disgusto.

Marg. Esto sería venganza, no provecho; y en lugar de alcanzar una síncera reconciliacion, solo se atraeria un odio irreconciliable, como suele suceder. Muy al contrario, quando el Conde vuelva en sí ¿qual ha de ser su rubor al considerar sus infidelidades? ¿qual su confusion al reparar en el sufrimiento inalterable de su consorte? Entonces sí que mi amiga recuperará á su Esposo en realidad, y no en apariencia, como quando se verifica por via judicial. ¡Y qué delicias experimentarás, hija mia, al perdonarle sus desamores! Su arrepentimiento te colmará de satisfaccion, y bendecirás tus mismas penas y paciencia, porque te habrán hecho experimentar placeres que te eran desconocidos. ¡Ah y quan grandes dulzuras contiene la reconciliacion!

ACTO II.

Antesala de la Condesa.

ESCENA I.

Isabel y despues el Conde.

Isab. ¡Quanta inquietud me causan Margarita y Douvigní! Si logro deshacerme de ellos, pocos obstáculos me quedan que superar. (*Repara en el Conde, y afecta distraccion y tristeza. Siéntase apoyando la cabeza en la mesa.*)

Conde. (*Amoroso.*) Bella Isabel mia ¿como no os he

hallado en toda la mañana en vuestro aposento? Esta es ya la tercera vez que me volvia sin veros. Tampoco habeis asistido á la mesa. ¡Pero qué, amor mio! ¿Ese silencio, esa tristeza, qué indican?

Isab. Señor, no me prodigueis semejantes expresiones: os suplico me dexeis sola.

Conde. ¿Pero qué? ¡No comprendo tal novedad!

Isab. Nada, nada Señor. Mi deber, mi honor... (*Acalorada.*) ¡Oh! sí, sí, lo conozco muy bien.

Conde. ¿Á qué viene todo eso? Vos hareis que me desespere. Hablad, hablad.

Isab. Conde, os he de merecer un favor.

Conde. La demanda está por demás. ¿Acaso os niego yo algo?

Isab. Mandad poner el coche de camino.

Conde. ¿Este era el favor? ¿Y quien ha de marchar en él?

Isab. Yo. *Se levanta.*

Conde. ¿Á donde vais?

Isab. ¿Y á vos qué os importa? Ved si quereis prestármelo por la última vez; y quando no, tambien me marcharé á pie.

Conde. ¿Qué os ha movido á tomar tan extraña resolucion? ¿Os incomoda mi trato? ¿Ya no me amais?

Isab. (*Llorando.*) ¡Si os amo!.. ¡Ah! no experimentaria en este momento... (*Resuelta.*) Pero no hay medio, debo partir. Conde, olvidaos de mí, quedad con Dios. *Hace que parte.*

Conde. (*Deteniéndola*) Querido dueño de mi alma ¿sereis capaz de abandonarme? Yo no sé en que puedo haberos ofendido. No, mi bien, no tendreis valor... y en tal caso dexadme morir antes á vuestros pies.

Isab. Os compadezco. Mis principios, mi honor, exîgen de mí este sacrificio, que lo será de mi vida.

Conde. ¿No hay remedio?

Isab. No, no lo hay.

Conde. (*En tono firme.*) Pues os juro que no saldreis de este recinto, si antes no me manifestais los motivos que os obligan á ello.

Isab. No lo espereis. Conozco mi deber.

Conde. Vaya, amor mio, sosegaos, deponed ese furor, decidme lo que os pasa, con esto me dareis una prueba de vuestro amor. Ceded, bien mio.

Isab. (*Paseándose con despecho*) ¿Qué os podrá decir una muger vil é indecente?

Conde. ¿Como?

Isab. ¿Que se vende por un mezquino interés?

Conde. ¡Vos!

Isab. ¿Perturbadora de la tranquilidad de una familia?

Conde. ¿Porqué decís eso?

Isab. ¿No lo sabeis? Pues tampoco sé yo porqué me lo dixo su Señora Esposa. ¡La Santa, la virtuosa! ¡Y se explica en tales términos! Yo no paro mas aquí. (*Con entusiasmo.*) ¡Á una muger honrada!

Conde. Ya no teneis que marcharos, yo os daré la mas cabal satisfaccion. Esa misma loca que os ha insultado, la vereis abatida á vuestros pies implorando el perdon.

Isab. Nada me detendrá. ¡Á una muger de calidad!

Conde. Yo haré que no pueda en adelante incomodaros. Un encierro perpetuo...

Isab. (*Á estas palabras del Conde hace como que vuelve en sí, y se arrepiente de lo dicho.*) Conde, callad. No conoceis la mucha distancia que media entre las dos. Vuestra muger me aborrece de muerte. (*Ponderativa*) ¡Ah con qué gusto beberia mi sangre! ¡Y como se cebaria en ella! Pero yo léjos de vengarme, la deseo todos los bienes imaginables: esto me obliga á marchar.

Conde. Jamás lo consentiré. Ya vivireis libre de los arrebatos de esa frenética.

Isab. (*Aparte*) Aun no es tiempo. -- ¡Qué hice! El des-

pecho me ha cegado. ¡Oxala pudiese enmendar el error que he cometido! ¡Yo descubrir las faltas de vuestra Esposa y acriminarla! ¡Yo ocasionarla la menor pena! Pero así la repararé. Si quereis que permanezca en vuestra compañía, ha de ser con una condicion, que me habeis de otorgar con juramento.

Conde. Cumpliré quanto querais: vuestras insinuaciones son leyes para mi alma enamorada.

Isab. Pues habeis de disimular con la Condesa, como si nada supierais de lo ocurrido. Mucho la he querido y la quiero, para permitir que sufra por mi causa la mas leve desazon.

Conde. (*Aparte.*) ¡Qué muger tan generosa! -- Es mucha vuestra pretension; mas por daros gusto me reprimiré.

Isab. Permitidme, amado Conde, un momento de reposo. Mi espíritu está muy agitado. Despues podreis verme.

Conde. Tranquilizaos, vida mia. (*Parten cada uno por su lado.*

ESCENA II.

La Condesa y Margarita.

Cond. Sí, Mamá querida, le he perdido enteramente: el último paso me atraxo toda su indignacion.

Marg. Cesa de dar pábulo á tu acalorada fantasía. En el mundo todo padece vicisitud. Castillos al parecer inexpugnables se han rendido, los mas poderosos Imperios han sido aniquilados. En fin, dime ¿en los dias de tu dicha habrias jamás creido que el Conde se hubiese cambiado de tal manera?

Cond. ¡Él, que siempre me habia conservado el mayor respeto, atropellarme, arrojarme en el suelo!

Marg. Entre marido y muger todo se puede sufrir. Ahora te parece imposible verle reducido á su deber, y cuenta sucederá quando menos pienses: así van las cosas del mundo. ¡Mucho tarda Douvigní!

Cond. ¡Quanto siento quedarme sola!

Marg. Amiga, tienes razon, no conviene, por hoy lo dexarémos.

Cond. No, no quiero.

Marg. ¿Piensas no sé limitar mis deseos? Exîge sacrificios mayores de mi amistad.

Cond. Para dexar vuestro paseo era preciso dar alguna excusa á Douvigní, con ella dariamos siempre que sospechar, y así será mejor disfruteis de vuestro recreo favorito.

Marg. Me convengo.

Cond. Y mucho mas, porque veo no os arriesgais en atravesar la corriente.

Marg. ¿Te parece que sin esa compañía me habria embarcado despues de los rezelos que me hiciste concebir? Ahora ya puede Isabel tramar quantas diabluras se la ofrezcan; que si me coge, la perdono.

ESCENA III.

Las mismas y Douvigní.

Cond. Gracias á Dios que venís á sacar á la buena Margarita de su impaciencia.

Douv. He equivocado la hora: perdonad.

Marg. Me haceis un favor en acompañarme. Todo será entretenernos mas ó menos.

Douv. Me gusta vuestro carácter, porque sabeis haceros cargo de todo.

Marg. ¿De qué sirve tenerlo tétrico é iracundo?

Douv. No de otra cosa que de procurarse una temprana muerte, despues de haber pasado una vida rabiosa y desdichada.

Cond. Ved que no se haga tarde.

Marg. Pues amiga hasta la vuelta. Interin regresamos puedes dar un buen paseo y salirnos á recibir.

Cond. Una vez que estaré sola, mas quiero adelantar la lectura del tomito que ayer empezé.

Marg. Como quieras. Sobre todo no te empeñes en lance alguno con tu Esposo. *Parten*

ESCENA IV.

Isabel.

Ya han salido. ¡Con qué confianza caminan á su exterminio! La Condesa no podrá resistir mucho tiempo á los golpes que mis artificios la tienen preparados. El Conde está ciego, y no dudo obligarle á que se case conmigo. ¡Qué bobo! ¡Qué ridículo! ¡Creerse que yo le amo! quando todos mis deseos se cifran en que me llamen Condesa, que un enxambre de adoradores me haga embidiar de mis iguales y desiguales, y en ostentar el luxo y trenes mas brillantes de la Corte. ¡Época dichosa, quanto tardas!... ¿Á qué vendrá aquí Dumuy tan agitado? Mucho me incomoda tambien ese viejo. Entes que estan demás en el mundo.

ESCENA V.

Dicha y Dumuy muy agitado, encaminándose hácia el foro.

Isab. Dumuy, ¿qué teneis? ¿adonde vais?

Dumuy. (*Aparte*) ¡Infame! — Venia á ver si hallaba á mi Señora.

Isab. Deteneos. ¿Qué prisa llevais? Acaso ha sucedido algun azar, que buscais á la Condesa con tanta agitacion? (*Ape.*) ¿Si sabrán ya...? Pero no hay tiempo.

Dumuy. Nada ha sucedido, Señora.

Isab. (*Aparte.*) Éste engendra en mí sospechas que podrán serle funestas.

Dumuy. Pero decidme ¿Margarita ha marchado ya?

Isab. Hace rato.

Dumuy. ¿Qué, y mi Señora la ha acompañado?

Isab. No creo.

Dumuy. (*Aparte.*) Pobrecita, quanto temo por su

suerte. Parte

ESCENA VI.

Isabel.

Quanto vá que este baboso se entiende con la Condesa. Nada extraño sería; él es su único favorito: pero que mucho si hace tanto tiempo que el Conde vive separado. Sí, sí, lo doy por cierto. Á fe que he hecho el mas importante descubrimiento. ¡Y qué portentosamente se combinan las cosas! Esta noche debe llegar el joven Berti, persuadido de que su amada le está aguardando con la mayor impaciencia. ¡Qual quedarán uno y otro! ¡La escena será original! Todo, todo me hace esperar que no tardaré mucho en tocar al término de mis votos. Mas la Condesa. ¿Qué la diré?

ESCENA VII.

La misma y la Condesa.

Cond. Quanto hace que no habia tenido el gusto de veros en estas piezas.

Isab. Vine á acompañaros en tanto que volvia vuestra predilecta.

Cond. Ella tuvo el cuidado de criarme, y desde entonces jamás se ha separado de mí; no es mucho que privada de mi Madre, la quiera como á tal.

Isab. Si os incomodo..,

Cond. Nunca me son molestas las personas que tienen la bondad de favorecerme.

Isab. Como os habeis separado enteramente de mi compañia.... pensaba si habriais notado en ella alguna malignidad, pues la evitais con tanto empeño.

Cond. Para notarla, sería preciso que antes en vos exîstiera, y no lo dudariais. Estoy muy distante de creer que vuestra comunicacion sea peligrosa.

Isab. Pero á lo menos habeis dado motivo para presumirlo. En fin dexemos aparte contextaciones desagradables. ¿El Conde sigue aun en su maldito te-

ma de aparentaros seriedád y despego?

Cond. (*Aparte.*) ¡Quien será capaz de tolerar semejante desvergüenza! — El Conde jamás ha faltado á su deber.

Isab. Conmigo no teneis que disimular; todo lo sé. Él mismo me ha confesado que su nuevo modo de proceder es originado de zelos. ¡Qué ridículo meterse ahora á zeloso!

Cond. ¿Quando y con quien se los he dado? ¡Yo que he puesto todo mi conato en darle pruebas incontrastables de mi amor y fidelidad!...Eh, será calumnia.

Isab. Ved lo que pueden las apariencias. Unas cartas que os ha interceptado, firmadas por el Italianito que rondaba vuestra calle, durante la mansion que hicisteis en Roma, han encendido esos malditos zelos.

Cond. ¡Joven imprudente! ¿Como podias lisongearte que te correspondiera en ausencia aquella de quien ni siquiera lograste la mas leve mirada? Paréceme que por esta parte pronto estará él satisfecho, y yo sincerada; pues ninguna ha llegado á mis manos, lo que podrá deducir de su contenido.

Isab. (*Aparte.*) Algo tardará; porque la correspondencia está muy corriente. — Sí, Condesa, de ahí dimana que todos le hacen mella, hasta sus mismos criados, de ahí la severidad con que os trata, de ahí el haberse separado de vos.

Cond. ¡Qué suerte tan infausta es la mia! ¿Es posible que mi amado Esposo me crea capaz de la menor infidelidad? ¡Qué injusticia!

Isab. En el mundo se cometen á menudo. ¿Me creeis tan estúpida que no conozca porque motivo habeis cortado mi correspondencia? Permitidme que os lo diga. Esa Señora Margarita es muy maliciosa.

Cond. ¡Como! ¿Qué podeis alegar?

Isab. Un poco de flema: yo me explicaré. Ella os hizo dar crédito á que yo habia corrompido el cora-

zon del Conde; y haciéndole mi amante, me habia empeñado en que os aborreciese. ¡Qué infamia!

Cond. Como no se aparta de vuestro lado...

Isab. Dice que así se venga de vos. ¡Quanto ha tenido que sufrir mi delicadeza! ¡Á una muger honrada hacerla pasar por chismosa, y causa de la enemistad de dos consortes, que siempre se habian amado!

Cond. (*Aparte.*) ¡Qué fingimiento!

Isab. Para que se avergüenze de sus sospechas, y se confunda al considerar contra quien las ha suscitado; sabed que acabo de obtener permiso del Conde para marcharme. Sí, yo me iré, adonde jamas sepais de mí, ni pueda causaros la menor zozobra.

Cond. Aunque es muy sensible el tener que dar satisfaccion sin culpa, con todo dareis una prueba evidentísima de lo mucho que apreciais vuestra reputacion. (*Aparte.*) ¡Plegue á Dios que se verifique!

Isab. (*Aparte.*) ¡Qué complacencia experimentarias! Ni siquiera lo he soñado.

ESCENA VIII.

Dichas y el Conde desde la puerta.

Conde. ¿Como es posible? ¡Juntas la Condesa é Isabel!

Isab. (*Aparte.*) El Conde. (*A la Condesa.*) Sí amiga, siempre os he querido; y no dudaré perjudicarme siendo en ventaja vuestra.

Cond. Siendo así, contad siempre con mi proteccion y eterno reconocimiento.

Conde. ¿Aun dudas eso? ¡Qué injuria! ¡Una muger que queria marcharse, sacrificando su amor! ¡que despreciando vengarse de tus insultos, te ha librado de mi furor!

Isab. Perdono vuestras calumnias; y os suplico que en adelante formeis de mí mejor concepto, pues veis quanto hago por vos.

Cond. Cumplid vuestras promesas, que yo os asegu-

ro la mejor correspondencia.

Conde. (*Aparte.*) Se me apura el sufrimiento.-- Dichosa te podrias considerar, asemejándote á ese corazon cándido que ultrajas.

Cond. Aun nos veremos.

Isab. Seguramente. (*Saludándose. La Condesa entra en su retrete é Isabel prosigue.*) ¡Quan á tiempo vino el Conde! (*Finge no haberle visto, y vá á salir por la puerta por donde él viene.*)

ESCENA IX.

Isabel y el Conde.

Isab. (*Afectando sorpresa.*) ¡Ay! ¿Vos aquí?

Conde. ¿Acaso se ha propasado la Condesa...?

Isab. La compadezco, porque por mí se vé privada de vuestro amor.

Conde. Eso no le hace. Así lo ha establecido la moda del dia. Es la cosa mas trivial que las casadas sean amigas de los amores de sus maridos. Pero ella aun es muy fatua.

Isab. En su lugar no sé lo que me haria. Conde creedme, mejor será que me marche.

Conde. No espereis que lo permita: antes desistid de tal proyecto, si no quereis falte á la palabra de disimular con la Condesa.

Isab. Si ha de redundar en daño suyo, callaré.

Conde. Me interesa saber si ha llegado el Postillon. Al momento vuelvo.

Isab. ¡Donde está mi cabeza! He querido encargarme de las cartas, y de tal modo me he desvanecido, que ya no me acordaba.

Conde. (*Se sorprehende.*) ¡Á mi muger!

Isab. (*Aparte.*) Este es el golpe que no espera.

Conde. ¡Firmadas por aquel importuno que en Roma...!

Isab. (*Dándole otras cartas.*) ¡Desgraciada de mí! ¡Trueque funesto! Conde soltad, que no habeis de leerlas. (*Aparte.*) Así aumento su curiosidad y despecho.

Conde. No impidais que conozca las intrigas de esa hipócrita, de esa impostora, que se atreve á reconvenir á los demas. (*Lee.*) "Pronto á cumplir vuestros
„ deseos, solo espero quedar libre de cierto asunto,
„ que exîge indispensablemente mi presencia, para
„ irme á esa Quinta. Quedo enterado de que debo
„ llegar de noche, y que me esperará Madama Mar-
„ garita. ¡Qué preciosa estratagema para dexar bur-
„ lados á todos, mayormente á vuestro Marido!
„ ¿Quien me ha de conocer entre vuestras criadas?
„ Mi talle, mi figura, y el sentarme perfectamen-
„ te el hábito mugeril, me hacen esperar, que la fic-
„ cion misma parecerá realidad. ¡Oh qué delicias!
„ ¡qué...!» (*Encolerizado.*) ¡Qué venganza! Qué castigo os aguarda! ¡Traidora! antes verás tu muerte que mi deshonra.

Isab. (*Irónica.*) ¡Conde, y qué fatuo sois! ¿Tanto os incomodais por una friolera de moda?

Conde. ¿Tambien pretendeis hacerme vuestro juguete, quando vos sola sois capaz de tranquilizar mi espíritu?

Isab. Puede que yo me engañe; pero soy de dictámen que esas cartas son supuestas.

Conde. Vaya, no falta mas que negar lo que estais viendo. ¿Estas firmas...?

Isab. Esas firmas pueden ser verdaderas, y falso el contenido de las cartas. (*Aparte.*) ¿A quien no le parecerá extraño que abogue por mi adversaria? — Suponed que vuestra Esposa, léjos de admitir los galanteos de ese jòven, los despreciara, y ademas le jugara alguna burla pesada: ¿como se habia de vengar? claro está, indisponiéndola con vos, y forjando enredos que la costasen caros. Así no me abalanzaria á juzgar sobre este asunto con demasiada precipitacion.

Conde. (*Aparte.*) No haria tal mi muger: ya habria fallado contra su rival. ¡Qué excelente carácter!— De-

cidme. ¿En donde hallasteis estos papeles, ó como han llegado á vuestras manos?

Isab. Los hallé en... en...

Conde. ¡Qué! ¿os turbais? ¿Buscais nuevas disculpas para ocultarme la verdad, y hacer que queden impunes las traiciones de una vil mogigata? Vos me hareis sospechar que mancomunada con ella, cooperais á mi deshonra. El último coloquio que tuvisteis, y las promesas que os acordaba, me confirman que entrambas me engañais.

Isab. ¡Qué tonta soy en interesarme por nadie! Siempre conté que mi zelo llevaria ese pago. Si á la Condesa la hago los mejores oficios, me tiene por una impostora; si procuro vuestro reposo, defendiendo á vuestra consorte, y ofuscando sus faltas, me oprimís con suposiciones las mas vilipendiosas. De los demas habria sufrido hasta lo sumo; ¡pero de vos, á quien amo con tanto extremo, y que decís me amais, tolerar dicterios tan infames! Perdone vuestra esposa: yo queria reparar sus tropiezos con el mayor disimulo, y sin que vuestro honor padeciera, que esto jamas lo habria consentido; pero el trueque infausto todo lo ha echado á perder. ¡Porqué fatal accidente me veo precisada á publicar sus faltas!

Conde. Imponedme de todo; nada me oculteis. Si en lo sucesivo me prueba la experiencia que en algo me habeis engañado, os juro....

Isab. Conde ¿qué vais á proferir? ¡Quan terribles son para mí vuestras amenazas! (*Aparte*) No quedaré corta en hablar. – Hace poco, entré en el retrete de la Condesa, y reparando esos escritos encima de su bufete, tuve la curiosidad de leerlos. Mi sorpresa fué extraordinaria al notar las tramas que contenian, y al considerar que la señora Margarita jugaba en ellos el tercer papel, y vuestra virtuosa parienta el primero: esta entra á poco rato, y viendo descu-

bierta su intriga se arroja á mis brazos, conjurándome de mantener en secreto esta aventura. Condescendí á sus repetidas instancias, exîgiéndola la palabra de olvidar aquel trato para siempre, y de apartar de su lado á la vieja fautora de sus deslizes.

Conde. ¡Á donde llega la perfidia! ¡Así se olvida de todos mis beneficios una vieja, que si la falta mi amparo, no la queda otro recurso que un rincon de Hospicio! Sufran todo mi rigor los viles....

Isab. Sosegáos, dueño mio, no os incomodeis por cosa de tan poca monta.

Conde. ¿Poco os parece manchar así mi honor?

Isab. Todavía la mancha no es mas que de tinta, y se puede borrar facilmente. ¿Qué mella puede haceros un hombre que está muy léjos, y de quien conoceis los planes é intenciones? ¿Qué hay mas que estar alerta, y á su llegada intimarle el regreso? En quanto á la Condesa basta privarla de sus colaterales; pues sin apoyo de nadie todas sus ideas quedarán frustradas.

Conde. ¿Esos quienes son? Margarita, no sé otro.

Isab. (*Aparte*) Esta ya me dá poco cuidado. - Pues el mas temible no conoceis.

Conde. ¿Y quien es?

Isab. El Señor Dumuy.

Conde. ¿Ese criado, que hace mas de treinta años que está en casa, y que siempre he distinguido con mi confianza y afecto? No, no es creible: le conozco, es muy hombre de bien.

Isab. Nadie me da mas que sospechar. Él pasa muchos ratos solo con la Condesa: varias veces le he observado quando entra en su retrete, mirando á todas partes con el mayor afan, como si temiera ser reparado. Esos pocos dias que ha estado ausente, no cesaba la Condesa de preguntar por él á quantos llegaban. ¿Qué sabeis de Dumuy? ¿Le habeis visto?

¿ Está bueno? Yo no pretendo ¡ oh! ní por pienso, suponer que en esto haya malicia alguna; pero sí, una grande amistad é inteligencia.

Conde. ¿ De donde dimana que todos se me hayan declarado enemigos? ¿ Que las personas en quienes depositaba toda mi confianza, me burlen tan indignamente?

Isab. Si he de hablaros francamente, dígoos, que no conoceis las gazmoñerías de la Condesa: su ayre afable y humilde atrae á esas gentes, que se pagan de las apariencias. (*Aparte*) Vá anocheciendo, y es preciso me ponga en observacion por si Berti llega.

Conde. Estoy decidido: desde hoy quiero vivir libre de cuidados y enredos. La Condesa gemirá sus devaneos en la soledad de un claustro, y los cómplices de sus tramas abandonados á su destino, conocerán aunque tarde la fealdad de su crímen.

Isab. ¡ Ay Conde mio! No ignorais la mala opinion en que me tienen vuestra esposa y sus confidentes; y si los castigais sin mas conviccion, estarán creidos de que yo he sido la motora y causa de su desgracia: y á fe que ya habeis visto quanto he sufrido por disculparles.

Conde. ¿ Quereis que dilatando el castigo, les dé tiempo para que consumen el infame plan que tienen proyectado?

Isab. Si os merezco alguna consideracion, haceos cargo de las hablillas y calumnias que contra mí esparcirán esas tres criaturas despechadas. Pensad tambien que no dexará de caberos una buena parte de ellas: en fin abrazad mi dictámen.

Conde. ¿ Y este en qué consiste?

Isab. Vale mas contemporizar, y sorprehenderles en el hecho, que entonces el rubor y la culpa les impondrán silencio. Es regular que ellos se recaten de mí con todo esmero; pero será en vano: os doy pa-

labra de saber hasta el menor de sus pasos, y ponerlos en vuestra noticia para obrar segun convenga.

Conde. Ved amiga, que no nos dexen burlados, porque en tal caso....

Isab. ¿Qué podrá esconderse á los ojos de una muger empeñada en descubrir un secreto? ¿Ignorais, que si una se pone en la cabeza saber quanto pasa en la Ciudad, ní los asuntos mas reservados de las familias se la ocultan? ¿Pues como temeis quede burlada mi curiosidad en el corto recinto de esta Quinta? Amado Conde, vivid confiado, pues la que os adora, vela por vuestro honor.

Conde. ¿Pero no sería mejor, que de una vez nos quitásemos de delante esos viles hipócritas?

Isab. (*Aparte*) Sí; mas yo intento sea de modo que jamas me incomoden.

Conde. Vuestra opinion puede salvarse, insinuando el descuido que hizo parasen estas cartas en mi poder.

Isab. Tantos descuidos serian inverosímiles, mayormente el mio, pues nadie lo juzgaria involuntario, como lo fué el de la Condesa: así, amor mio, si os interesais tanto por mi reputacion, como yo por la vuestra; libradme de sus mordaces lenguas: harto me aborrecen sin motivo alguno.

Conde. Cedo, ya que tanto os empeñais: pero cuidado con la palabra que me habeis dado.

Isab. Os juro, que sabreis quanto ocurra... Conde, esperadme en mi quarto.

ESCENA X.

El Conde y luego Dumuy.

Conde. ¡Como nos dexamos alucinar de las apariencias! ¡Quien no diria que mi muger es una santa, que Margarita es el oráculo de la virtud, y que Dumuy es el asiento de la bondad! Nada menos que eso. Pero.... *Vé á Dumuy.*

Dumuy. Fatigado y despavorido, sin ver al Conde. Antes de alcanzarles, me ha alcanzado á mí la infausta nueva. No me engañé: la conferencia de la infame con el Barquero no tuvo mejores conseqüencias de las que sospeché así que supe el embarque. ¡Desgraciados! ¡Que yo no lo hubiese sabido antes!

Conde. (*Aparte*) Este confirma quanto me dixo Isabel: aunque viejo no es mal parecido, y la Condesa pagada de sus servicios....

Dumuy. (*Repara en el Conde*) Señor, tened la bondad...

Conde Muy bien te habrá ido en el viage: bastante lo manifiesta tu semblante. (*Aparte*) ¡Quan agitado está el infame!

Dumuy (*Aparte*) ¡Pobre ama mia, su sobresalto no será menor que el mio! (*Al Conde*) Sí señor; pero...

Conde. ¡Qué gordo has vuelto! La satisfaccion brilla en tu rostro. (*Aparte*) ¡No alcanzo á contenerme!

Dumuy. Hallando á mis amados Señores sin menoscabo en su apreciable salud.... (*Aparte*) Apénas puedo articular. ¡Ah pobres víctimas!

Conde. ¡Viejo impostor! ¡hombre detestable! ¿con qué descaro estás desmintiendo la cruel confusion que te atraganta?

Dumuy. ¿Qué lenguage es ese, Señor? Nunca os he dado lugar á que lo useis conmigo: y ahora sin mas ni mas me....

Conde. ¡Criado infiel y traydor...!

Dumuy. Me precio de hombre de bien, Señor, y tales epitetos me despedazan el alma.

Conde. Cesa de fingir malvado; pues se ha caido la máscara de virtud, debaxo la qual se escondia esa alma desagradecida.

Dumuy. ¡Señor, Señor!

Conde. ¿Así has pagado mis beneficios, y la preferencia en mi confianza con que siempre te he distinguido? ¡Ingrato! no te paso el corazon, porque

viviendo, sea tu suplicio mas dilatado.

Dumuy. ¡Yo no sé lo que me pasa! ¡El asombro no me dexa! Señor, en nada os he ofendido, no sé de que me hablais. En el mundo ha habido criado mas fiel, ni mas amante de su amo.

Conde. ¿Me juzgas tan insensato, que no sepa inferir de donde deriva la confusion que te ha sobrecogido al hallarme al paso del quarto de la Condesa? Dí ¿qué significa esa agitacion, ese temblor que no te dexa?

Dumuy. ¡Significacion! demasiado la tiene. ¡Lamentable suceso! Acaban de asegurarme que Douvigní y Madama Margarita han naufragado antes de llegar á Fontenaibleau. Como sé lo mucho que mi Señora amaba á la buena Margarita, me dirigia á su aposento á prevenirla, paraque fuese ménos dura la impresion, que nueva tan funesta haria en su sensible pecho.

Conde. Por Douvigní lo siento. La infame consejera de la Condesa así se ha ahorrado muchos sentimientos, y librado de la miseria que la amenazaba.

Dumuy. (*Con mayor asombro*) ¡Señor! ¿Como es posible que de un instante á otro aborrescais á dos personas, que siempre habiais honrado con vuestra confianza y afecto?

Conde. ¡Traydor! ¿Aun te atreves á preguntarme? Ya no es tiempo de llevar mas adelante la impostura; se ha corrido el hermoso velo que hasta ahora me habia mantenido en la ilusion, de que era acreedor á mi aprecio, quien solo abriga en su alma la perfidia y el crímen.

Dumuy. ¿Señor, es posible que en mas de treinta años haya yo sabido fingir tan bien, y vos conocer tan mal, que jamas hayamos sospechado uno de otro que nos engañábamos? En fin cesad por caridad de atropellarme con dicterios, y decidme, qual

es mi delito paraque pueda justificarme.

Conde. ¿Como has de sincerarte infiel? ¿Te lisonjeas que ignoro la íntima y criminal correspondencia que te ha franqueado esa muger depravada?

Dumuy. Pero Señor, vos injuriais la memoria de la pobre Margarita: era tan rígida, que ní permitia la mas...

Conde. Dándote por desentendido mas me irritas; bien sabes que esa de quien te hablo es la Condesa.

Dumuy. (*Horrorizado*) ¿Qué proferís? ¿Quien ha envenenado vuestra imaginacion con tan horrible calumnia?

Conde. ¿Calumnia llamas á un hecho, que tu mismo estás confirmando?

Dumuy. No puedo mas. La creencia en que estais me abate, me anonada. ¡Como no reparais en mis canas! ¿Podeis persuadiros que aunque vuestra consorte fuese tan perversa, se prendase de un viejo casi decrépito? Señor, dad lugar á esa reflexîon, que os subministrará otras muchas que os desimpresionarán.

Conde. ¡Atrevido! ¿tú me supones privado de juicio? ¿Hasta donde llegará vuestro descaro? pues siendo las mas infames criaturas, teneis la insolencia de injuriar y acriminar á los demas.

Dumuy. Antes quiero la muerte, que vivir en la desgracia de un amo á quien estimo entrañablemente. Señor, satisfaced en mí hasta la mas leve sospecha: matadme, matadme por compasion. A lo ménos llevaré el consuelo de que algun dia me compadecereis, justificada mi inocencia.

Conde. Vive caduco miserable; pero léjos de mí, y sin socorro alguno: vive para ser confundido en la miseria, y despedazado por los remordimientos, si eres capaz de tenerlos.

Dumuy. Ó dadme la muerte, ó permitid que me de-

fienda. ¿Á qué reo se le sentencia sin este requisito?

Conde. Calla, calla importuno, y obedece. Sal de esta casa sin demora, ó mandaré que te echen de modo que te pese.

Dumuy. Pues yo no he de salir de ella aunque me atropellen y maltraten; primero moriré. No así me dexeis.... Si treinta años de haberos servido con inalterable lealtad y afecto os merecen alguna consideracion, os suplico no falleis contra mí sin mas premisas que las de una atroz calumnia. *Vanse por la izquierda.*

ESCENA XI.

Noche.

Isabel y Berti de camino.

Berti. ¿Supongo que vos sois la Margarita, de quien me hablaba la Condesa en sus cartas?

(*Ambos en voz baxa durante toda la Escena.*)

Isab. La solicitud con que os estaba aguardando, y el modo con que os he introducido, sin que nadie en vos haya reparado, pueden aseguraros en vuestra suposicion.

Berti. ¡Quanto he padecido en este viage, mayormente desde que dexé mi caballo para llegar con todo el disimulo posible! ¡Quantos temores me han asaltado, rezelando que algun acaso imprevisto echara á perder toda la trama! En fin todo está vencido, y me hallo casi en el colmo de mis dichas.

Isab. (*Aparte*) Mejor dirias en un riesgo inevitable. ¡Qué papel le ha cabido á este pobre para servir á mis intentos!

Berti. Cuidado no nos perdamos: temo que algun funesto tropiezo no nos descubra.

Isab. Nada temais. Ya estamos en la antesala de la Condesa, y las dos solas habitamos esta parte de la Quinta.

Berti. Siendo así, permitid á mi impaciente amor el

que me eche á sus pies, y la asegure de mis sentimientos. ¡Amada Condesa, quanto he suspirado este feliz momento!

Isab. ¡Qué imprudencia! ¿Y si por casualidad entraba alguno de la familia, ó nos sorprehendia el Conde? No, no lo consentiré.

Berti. Por piedad no me lo impidais. Á los criados, con no dexarles entrar, está todo remediado.

Isab. ¿Y tambien negaréis la entrada á su Esposo?

Berti. Segun me han informado, el Conde no hace caso de su consorte, de modo que se ha separado de ella; por tanto no nos incomodará.

Isab. ¡Quan equivocado estais!

Berti. No lo creo: y en prueba de ello, decidme, ¿es de la familia un criado viejo, llamado.... llamado Dumuy?

Isab. Seguramente.

Berti. Pues á ese hallé en la última posta, y pareciéndome hombre de bien, trabé conversacion con él. Preguntéle por el lugar de su morada, y qual era su oficio. La respuesta fué muy grata para mí, pues me proporcionó la dicha de informarme del bien que llena toda mi alma. Al paso que enzalsaba á sus amos con mil alabanzas, algunas exclamaciones que se le escapaban, me dieron á entender que les compadecia. Empeñado por esto en apear noticias, que podian serme de mucha utilidad; le engolfé en un discurso interesante, que hize caer sobre la desgraciada suerte de algunos casados, que nada faltándoles de quanto puede contribuir á hacerles completamente felices; parece que ellos mismos se procuran por mil medios una vida miserable llena de disgustos y afanes. El pobre viejo, exclamó entonces: ¡mi amado Señor es un triste exemplo de lo que decís! y me contó del modo que una tal Isabel, á quien prodigaba los renombres de artifi-

ciosa, infame, prostituta y otros muchos, se hizo encontradiza con su Señora, y se concilió su amistad; la que mantuvo, hasta que logró corromper el corazon del Conde, y ganarle enteramente para sí, haciéndole su adorador, ó mas bien su esclavo. No pasó por alto los artificios y embustes de que se valió la tal para salir con la suya, é inducir al Conde á que aborreciese á su odiada rival. ¡Quanta maldad cabe en el corazon de una muger! Seguramente que á esa Isabel no habrá Tigre, ni Leopardo, que la aventaje en fiereza. ¡Dios me libre de caer en sus manos!

Isab. (*Aparte*) Lo peor es que te ha cogido, y no puedes escaparte. - ¿Y vos dais crédito á todo eso?

Berti. Sí, y con mucho fundamento. No ignorais la constancia y energía con que la Condesa, miéntras estuvo en Roma, despreció mis amorosas solicitudes. Despues de su partida, pasóse algun tiempo sin que me aventurase á escribirla; en fin me determiné, aunque persuadido de que mis cartas no sacarian mejor partido que mis palabras y presencia. ¡Pero quan agradable fué mi sorpresa al recibir una contextacion tan cabal é inesperada! Con todo rezelaba fuese alguna mofa, pues me parecia imposible que una muger tan fiel, y amante de su esposo, se hubiese cambiado sin mas ni mas, quando hasta entonces no la habia merecido sino indiferencia y desprecio. En fin seguí en escribirla otras veces, y otras tantas recibí sus respuestas llenas de ternura y afecto, que disiparon todos mis rezelos; de manera que me resolví á este viage, por mas que me pareciese extraña la mudanza que reparaba en los sentimientos de la amable Condesa. Durante el camino me combatieron mil dudas y temores; pero al repasar las cartas de mi amada, me confirmaba en mi resolucion.. Decíame á mí mismo

¿qué utilidad sacaria de burla tan pesada, quando no la he hecho otro agravio que adorarla con todo el ardor de mi corazon? Fuera de que no piensa tan vulgarmente, ní se expondrá á que haga uso de sus cartas, que la acriminarian á los ojos de todo el mundo. Mas luego que adquirí las noticias de Dumuy, no dudé que los nuevos procedimientos de la Condesa eran ocasionados por el despecho, y para vengarse de los desvíos del Conde. Descifrado el enigma, y libre de zozobras, llego á disfrutar las dulzuras del amor con la mas grande confianza y seguridad; pues el Conde separado de su esposa, en nada ménos pensará que en averiguar sus pasos y acciones: (*Ap.*) ¡Ah Maridos! ¡Quantas veces con vuestra mala conducta y exemplo dais motivo á los desórdenes de vuestras mugeres, causando su prostitucion, y vuestra deshonra! Bien lo sabemos los que nos aprovechamos de vuestros extravíos y disensiones. - Vaya, buena amiga, presentadme sin tardanza á mi....

Isab. Despacito. ¡Qué activo sois! Sino domais tanta viveza, darémos con el edificio en tierra. (*Ape.*) Buena acogida se te espera. — Vamos. Me parece oigo pisadas... Pronto... Entrad en ese quarto, en él hallaréis el proyectado disfraz. Pronto, pronto. (*Acompaña á Berti al quarto de la izquierda, y parte por la derecha.*

ESCENA XII.

Dumuy con una luz.

Incontrastable se ha mantenido á todas mis razones y evidencias: su creencia me desespera, y llena de amargura. Yo que siempre he mirado á mis queridos Señores con el mayor respeto y veneracion, no puedo sufrir que me conceptuen capaz de atentar á su honor. ¡Oh idea desoladora para mi alma sensible! ¿Y como he de sobrevivir á tan horrible calumnia? ¿Se-

rá dable que el despecho y la pena no acaben conmigo, al imaginar que soy obgeto de abominacion á los ojos de mi Señor, y que he acarreado nuevos disgustos á mi desgraciada Señora? Parece que todo el infierno está abreviado en este corto recinto, y que este es el dia decisivo de la suerte de todos. ¡Ah bárbara Isabel! no lo dudo, todo es obra tuya. ¡Desgraciada Condesa, qué suerte te aguarda! Si la de tus criados, que se te han mantenido adictos, ha sido tan desastrada, ¡infeliz! ¿qual ha de ser la tuya, que eres el blanco de sus tiros y su rabia? Conde crédulo é imprudente, teme la espantosa conjuracion, que sin duda acabará con toda tu familia. No tardes en salir del entorpecimiento en que te degradas y envileces, no tardes, porque quizá ya no será tiempo. (*Se sienta recostándose en la mesa.*

ESCENA XIII.

El mismo y la Condesa, que sale de su retrete.

Cond. ¡En qué ansias me tiene la tardanza de mi Margarita! Pero yendo con Douvigní ¿qué puede haberla sucedido? Esto será que enfrascados en la pesca, se les habrá pasado el tiempo, sin que lo hayan advertido. (*Repara en Dumuy.*) ¿Dumuy? ¿Dumuy?

Dumuy. (*Llorando.*) ¡Ah Señora!

Cond. Sácame de la confusion en que me tienes. Grande debe ser la causa, que á un viejo obligue á llorar qual niño.

Dumuy. ¡Son tantas y tales! ¡Ah Señora! Somos perdidos sin remedio. Dichosa la buena Margarita, que sin duda está ya gozando de inalterable felicidad.

Cond. (*Ansiosa y sobresaltada.*) ¡Como! ¿Acaso le ha sucedido...? Habla... Cuéntamelo todo...

Dumuy. Mi intento era ir preparando vuestro sensible corazon para nueva tan fatal; pero el trastorno y desesperacion que agitan mi alma no me lo permiten.

La pobre Margarita ha muerto sumergida cerca de Fontainebleau.

Cond. (*Desconsolada.*) ¡Ah desdichada amiga! ¡Mi única! ¡Mi mejor amiga! ¡Infeliz Margarita! ¡Quan vana fué tu confianza en la compañía del malvado Douvigní! Bien se ha burlado nuestra fiera enemiga de tus prevenciones. ¿Pero quien podrá evadir tanta maldad?

Dumuy. Al miserable Douvigní tambien le ha cabido igual suerte, pues aseguran que de los tres que iban en el bote, ninguno escapó. Esto es lo que me hace titubear, lo que no comprehendo.

Cond. ¡Mamá querida, quales serian tus congojas en aquel terrible lance! ¡Quanta pena te causaria el pensar que me dexabas abandonada en la época mas crítica de mi vida, á todo el rigor de la suerte! ¡Ay buen Dumuy! Ya no me queda otro consuelo, otro apoyo que el tuyo.

Dumuy. (*Con el mayor desconsuelo.*) ¡Señora! ¡Amada Señora!

Cond. Por Dios que no me dexes, ní un momento te separes de mí.

Dumuy. Callad, que me traspasais el alma. Parece que el corazon quiere salirse de sus quicios. El dolor me mata.

Cond. Tú aumentas mi desconsuelo en lugar de minorarlo. ¿Acaso mis pesares no exceden á los tuyos?

Dumuy. ¿No quereis que me desespere, si quando contais con mi amistad, y me pedís no os dexe, estoy sentenciado á salir de esta casa para siempre con la injuriosa tacha de infiel, malvado y traidor?

Cond. ¿Quien puede obligarte á ello? ¿No obtienes el afecto y confianza de tu amo?

Dumuy. Mejor diriais su rabia, su odio, su... Sabed ; solo el proferirlo me cuesta el mayor rubor. Vuestro injusto Esposo está en la creencia de que los dos mantenemos un trato impúdico y criminal: por esto me

ha desterrado de su casa, despues de llenarme de injurias y baldones. Armáos de valor, Señora: seguramente en este dia se ha pronunciado el fallo contra vos y vuestros aliados.

Cond. ¡Quan poco le cuesta al culpado pensar que los demas lo son! ¡Esposo ingrato é infiel! ¿No te basta el que me desprecies, y te hayas separado de mí; que aun quieras oprimirme con acusacion tan fea y escandalosa? ¿Por ventura de mancomun con esa implacable enemiga atentais á mi triste exîstencia? No desmayeis. Reiterad vuestros tiros, que pronto cederé á los tremendos golpes con que me aterrais.

Dumuy. ¡Pluguiera á Dios que yo hubiese muerto ántes de presenciar tan lamentables escenas, y la ruina de una familia tan querida! Puede que á no ser yo no habriais tenido que sufrir la infamia con que la malicia pretende obscurecer vuestro honor. ¡Quanto me oprime esta idea! ¡Ah Señora! perdonad...

Cond. ¡Infeliz! ¿Y tú qué culpa tienes? ¿Me juzgas tan injusta, que temas por eso haber decaido en nada de mi concepto y amistad? No, al contrario eres mas acreedor á mi estimacion; pues por mi causa tanto tienes que sentir.

Dumuy. (*Pareciéndole haber oido pisadas.*) Me parece que he oido al Conde. Seguramente me busca para arrancarme de esta casa. Mas estoy decidido: no me sacarán sino despues de muerto.

Cond. No amigo, no te expongas á su furor: sería la mayor pena para mí el que te maltratase.

Dumuy. Ved que quedais en el mas grande desamparo. ¿Y pensais que mi lealtad os abandonará en el cruel conflicto en que os hallais? ¿Quien os asistirá? ¿Quien os consolará?

Cond. ¿Y seré tan inhumana, que consienta mi alivio á costa de tan grande sacrificio? De ningun modo... Vete amigo... Quizás el Conde en el exceso de su cólera...

Dumuy. ¡ Ah querida Señora!

Cond. (*Impeliéndole. Uno y otro afectarán la mayor agitacion y desconsuelo.*) Huye de esta mansion de horror. Huye. Por caridad no te resistas, si te merezco alguna compasion.

Dumuy. Voyme á morir. Vos procurad salvaros de la terrible conjuracion que se está consumando.

Cond. Á Dios, el mejor de los criados.

ACTO III.

Retrete de la Condesa con luces.

ESCENA I.

Berti en trage mugeril.

Berti. Mugeres, ved á que obligais á los hombres. ¡Qué ridículas escenas tenemos que representar los que no sabemos prescindir de vuestros encantos! Es verdad que soy el mas apasionado de todos: sin embargo no dexo de conocer quan miserable es la suerte del que lo está. Cortejos desbancados, amantes mal correspondidos, protectores burlados, ¿ quantos juramentos habreis hecho, como yo mas de una vez, de despreciar todo objeto de cariño? ¿Quantos planes os habreis trazado de reforma, de independencia, de desapego y de.... ? ¡ Ay humana fragilidad! Apénas acabamos de concebir tales resoluciones, nos ciega otro cupido que, curándonos de la desazon que nos ocasionó el anterior, nos vuelve mas confiados, ridículos y mentecatos. ¡ Qué seamos tan fatuos é inconseqüentes, que no solo no escarmentemos á los primeros desengaños; sino que incapaces de mantenernos en nuestros propósitos, recaigamos muchas veces en las mismas locuras! (*Escuchando, como que le ha parecido oir algun ruido.*)

No quisiera que alguno me viese ántes que la Condesa; pues ella tendrá ya discurrido el modo de pretextar mi venida, y hacerme visible en la casa. ¿Quien será? (*Se retira á la puerta izquierda.*)

ESCENA II.

El mismo y la Condesa, que al salir se sienta, lánguida y desconsolada.

Cond. ¡Qué dolorosos sacrificios exîge el cielo de esta débil criatura! Yo adoro ¡oh mi Dios! vuestras sabias disposiciones; pero imploro á mi favor todos los socorros de la Religion. Sostenedme, reanimad mi espíritu, avivad mi fe, sino pronto vacilaré en mi resignacion. Todo lo voy perdiendo; mi hijo, mi esposo, mi amiga, el criado mas digno, y lo que es peor la esperanza. ¡Ah en que desamparo, en que soledad voy á ser confundida! ¡Á lo ménos me hubiese quedado la que para mí era compañera, amiga, madre y único consuelo! ¿Qué será de mí sin ella? ¡Yo que tenia cifradas todas mis confianzas en su prudencia, sabios consejos, y sentimientos de honor y virtud, que incesantemente me iba inspirando!... (*Levántase, figurando un fuerte frenesí, y representa como si viese y hablase con las personas á quienes dirige la palabra.*) ¡Quantos objetos de horror acometen de tropel á mi acalorada fantasía! ¡Hijo querido de mis entrañas! cesa de reprehenderme.... Sí, es verdad... yo tengo la culpa.... Mi inexperiencia, mi credulidad causó tu muerte..... Víctimas desventuradas, en vano me alargais las manos, en vano implorais mi socorro.... El dolor, el espanto me tienen atados los pies... Ní siquiera me queda la facultad de gritar... Socorredles, salvadles, corred, que ya perecen... Dumuy, infeliz ya te oigo; no me taches de insensible, desagradecida no lo soy... ¿Mueres de hambre? ¿de ne-

cesidad?... Espera mis socorros... Quanto tengo...., ¿Pero quien te los llevará? si estoy sola en los mas espantosos desiertos... Esposo, adorado esposo, acaba de serme infiel... No me maltrates... No me atropelles... ¿Esto te merece mi amor?... ¿Llevas á mal que te idolatre?... ¿Me castigas, con tanta crueldad, porque me conservo amante y fiel?..... ¿Te ofenden mis justas quejas?... ¡Ay de mí!.... ¡Tu mano armada!.... Sí, sí, amor mio, hiere, hiere... Sácame el corazon... Lo hallarás hecho ascua de amor... ¡Bárbara Isabel!... ¿Aun no estás saciada?... ¿Tantas heridas no bastan? Amado Conde, (*Con los mayores ademanes de horror*) vuelve en tí, conoce la que impunemente me mata... Mírala... Mírala... ¿No ves pintados en su rostro el fingimiento, la impostura, el rencor, el crímen, el...? Mírala... ¿No se te erizan los cabellos, al ver á ese monstruo horrendo del abismo?... ¡Ay!... (*Se desmaya sobre el canapé de la izquierda.*

Berti. ¡Quan abatida ha quedado à la violencia del frenesí! ¿Señora?.. ¿Señora?.. Está sin sentido... ¡Qué ardor! Sus manos están que queman... Sus convulsiones, y el movimiento de sus ojos; todo me dá que temer por su vida. ¡Á fe que á buen tiempo he llegado! ¿Qué puedo hacer solo, y sin medios de procurarla alivio alguno? Si llamo, me aventuro demasiado; pues no conociéndome... ¡En qué laberinto me he enredado! ¡En qué temor, en qué zozobra me han metido las palabras de la Condesa! Seguramente me ha engañado... ¿Si habrá querido divertirse á mis expensas? Pero el estado en que la he visto, y el en que se halla, es muy real, nada fingido. ¿Pues como conciliar las dudas que debaten en mi pecho? Llego felizmente, hallo quien ansiosa espera mi arribo, soy conducido hasta este lugar sin estorbo alguno; y quando me

lisonjeo que mi amada viene á recibirme con los brazos abiertos, la observo abandonada á la pena y desesperacion mas violenta. Alguna novedad imprevista habrá trastornado nuestras ideas. El susto no me dexa. Si tuviera conocimiento del lugar en que me hallo, procuraria escapar: mas si no lo acierto, seré tenido por ladron, tendré que sufrir mil insultos, y....

Cond. (*Empieza á volver y dice con voz desmayada*) ¡Ah!

Berti. ¿Señora?... Alentaos.

Cond. ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mio socorredme!... (*Aparte*) Esta voz, esta figura me es del todo desconocida. - ¿Vos como os hallais aquí? ¿Quien sois?

Berti. Tengo la dicha de serviros. (*Aparte*) Aquella maldita vieja...

Cond Como hasta ahora no os habia visto... (*Aparte*) Esta será alguna confidenta de Isabel.

Berti. Es que acabo de llegar. (*Aparte*) Vaya, que aun nada sabe.

Cond. Mucho os agradezco el interes que manifestais en servirme; pero en el estado en que me hallo, necesito de reposo. Ya podeis retiraros. (*Aparte*) Yo me informaré mejor, pues la aparicion de esa muger me infunde mil rezelos.

Berti. No espereis que me aparte de vos. (*Aparte*) ¡Que no me atreva á declarar! - Señora, mi afecto, y lo mucho que me intereso en vuestro alivio, no me permiten obedeceros.

Cond. ¿Como sin conocerme se ha engendrado en vos ese afecto?

Berti. Pues os conozco muy bien, y hace tiempo. !Quan mal pagais á quien os quiere! olvidándoos hasta de sus facciones. Otro recibo aguardaba.

Cond. No sé con que fundamento. Puedo juraros que no tengo la menor idea de vos, ní sé con que reco-

mendacion habeis venido á esta casa.

Berti. Con la vuestra propia.

Cond. Quanto mas hablais, ménos lo comprehendo.

Berti. Sí, por disposicion y órden vuestra.

Cond. ¿Como es posible? si de mucho tiempo acá no mantengo correspondencia con nadie. Sin duda me teneis por otra. En esta misma Quinta vive una Dama...

Berti. ¿Quien? ¿La malvada Isabel? ¡Yo dedicarme á servir una muger tan odiosa!

Cond. ¿Con qué motivo la tratais así? ¿Tan à fondo la conoceis?

Berti. Demasiado lo sabeis vos. ¡Pobre amiga, que disgustos no os ha acarreado esa indigna!

Cond. (*Aparte*) Conviene usar de reserva. - No quisiera ofenderos. Sabed que á nadie admito en casa sin la aprobacion y consentimiento de mi Esposo: á mas de que os aseguro no he dado órden, ní disposicion alguna, paraque se me procuren criadas. Puede que os hayan engañado. No sería extraño; pues este es el único arte á que se dedican todos los hombres, y en el que mas adelantan.

Berti. En tal caso vos misma me habréis engañado. (*Aparte*) No alcanzo á descifrar este enigma.

Cond. Yo no os he faltado al respeto. Sírvaos de norma para medir vuestras expresiones, que siempre he detestado la ficcion y el engaño, y jamas la impostura halló acogida en mi pecho.

Berti. (*Aparte*) Esta muger ha perdido enteramente la memoria, ó me han burlado. Esto es hecho. Será la violencia del accidente que la habrá trastornado el celebro.

Cond. En fin para salir de dudas, servios tirar aquel cordon; acudirá algun criado, que os presentará al Conde: puede que él sin mi noticia...

Berti. ¿Qué tengo yo que ver con el Conde? ¡In-

grata amiga! ¡parece os deleytais en angustiarme! Vamos: cesad de disimular, y permitid bese esa mano.

Cond. ¿Quien os ha autorizado para tratarme con tanta libertad y confianza?

Berti. Vos misma.

ESCENA III.

Los mismos y el Conde é Isabel á la puerta derecha.

Cond. (*Aparte*) ¡Yo no sé lo que me pasa! ¿Esta muger qué pretende? ¡Buen Dios! iluminad mi entendimiento.

Berti. Vos misma, sí, querida mia. Reconoced estas cartas, reconoced este fiel amante, reconoced al constante Berti rendido á vuestros pies.

Cond. (*Con pasmo y horror*) ¡Berti vos!

Conde. (*Con arrebato.*) Sí, el mismo, el mismo, que verás muerto por mi mano.

Berti. Si en vos cabe algun noble sentimiento, correos de acometer á un hombre indefenso. Aguardad. (*Éntrase en el quarto de donde salió*)

Conde. Traydora, malvada, despójate de esa máscara de aparente virtud. ¿Á ver si tienes que alegar en tu defensa? ¿Si te queda medio de no ser confundida en tu vileza?

Cond. Yo te amo, Esposo, yo te amo. (*Desmâyase.*

Isab. (*Saliendo*) Aseguremos esa puerta para impedir toda defensa.

Conde. Fementida calla: esos acentos exâltan mas y mas mi cólera. Borron de mi honor, objeto de mi desprecio, muere.

(*Al echar la llave Isabel en la puerta, Berti sale precipitado, vestido de camino como ántes y dándola un fuerte empujon la quita de enmedio y defiende á la Condesa*).

Berti. No morirá, si ántes no acabais conmigo.

Conde. Pronto cesaréis de estorbarme.

Berti. No basta que vos lo digais. Pero caso que la suerte me sea contraria, yo juzgo inocente á vuestra esposa.

Conde. No penseis alucinarme. *Riñen.*

Isab. (*Ap.*) Si el Conde por desgracia... Es verdad que él lleva ventaja á su competidor; pero con todo no quiero aventurarme. - Conde, no así expongais vuestra vida. ¿Qué sería de toda vuestra familia, que tanto os ama, si vos pereciais?

Conde. Suelta. Ese temerario, ese seductor no ha de quedar sin castigo. Aparta.

Isab. Jóven imprudente huid, salvaos.

Berti. Jamas he vuelto la espalda al enemigo. Vaya Conde, se me va apurando la paciencia. ¿Es que no podeis, ó no quereis deshaceros de esa importuna?

Conde. Déxame. (*Se desprende echando léjos de sí á Isabel.*) Probaré á ese hombrecillo, que no le temo.

ESCENA IV.

Los mismos y Douvigní que sale todo mojado, y con los mayores ademanes de desesperacion, dispara un pistoletazo contra Isabel. El Conde al estallido se vuelve, y viendo á Isabel herida, arremete al agresor; pero es detenido por Dumuy y otros Criados. Berti queda suspenso. Dos Criadas asisten á la Condesa.

Douv. ¡Ah pérfida!

Isab. ¡Ay de mí! (*Horrorizada.*) ¡Ah! ¿Tú eres? (*Se apoya en una mesa y se sienta.*)

Conde. Asesino, poco tardarás en satisfacer tu crímen. ¡Y tú, traydor! (*A Dumuy.*) ¿como tienes la osadía de comparecer á mis ojos? No me detengais. Soltad.

Dumuy. Señor, en breve mudaréis de concepto. Reprimid vuestros transportes, y prestad atencion al infeliz Douvigní.

Conde. ¡Como! ¿No pereció en el Rio?

Douv. Poco faltó. Señor, suspended la venganza. Oidme, y conoceréis á esa Circe que os encanta y engaña.

Conde. ¡Será posible! ¡Hombre cruel! ¿Qué te hizo la infeliz?

Douv. ¡Qué me ha hecho! Oidme, y veréis que esa malvada, no contenta con haber desperdiciado todos mis bienes, y reducídome á la última infamia, ha intentado hacerme morir ahogado. Pronto convendréis conmigo en que no bastan quantos suplicios inventó la barbarie de los tiranos para castigar sus atrocidades. (*El Conde estará como asombrado, Dumuy viendo á su Señora desmayada, acude á socorrerla.*) En la edad en que el corazon del hombre desahoga toda la fogosidad de sus pasiones, segundadas por la inexperiencia, quedé huérfano, y en absoluta libertad de disponer de un patrimonio considerable. Como mi buen Padre habia grabado en mi corazon, los diseños de la virtud, y lo habia formado segun las máximas de la verdadera Religion, costó bastante á algunos amigos, mejor impios corruptores, el separarme de los buenos caminos que él me habia trillado. Ellos consideraban mi fortuna, y sentian que mi austeridad les impidiese el ser partícipes de ella. Todo lo probaron, todo lo practicaron, y en fin vencieron. ¡Oh desgracia! ¡Oh imprudencia mia! La lectura de algunos libros, que me presentaron como modelos de la mas sana moral, les facilitó el triunfo que tanto anhelaban. En ellos no se impugna la virtud y la Religion descaradamente, no se horroriza al lector con proposiciones impias y deshonestas; pero se le seduce con austeridad y respeto, para que caiga en el lazo desprevenido y confiado. Juventud incauta, evita el escollo que te amenaza, evita esos escritos de moda, que parece forman

la aparente erudicion de nuestros tiempos, y solo sirven á introducir en el corazon el veneno de todas las pasiones. Todas esas obras huecas, y trastornadoras del verdadero sentido, sufocan tarde, ó temprano los sentimientos de honor y virtud. Así lo experimenté. La nueva doctrina, con que alimentaba mi alma, era mas sonora, mas cadente y de mayor atractivo, y debilitando las impresiones de la de mi padre, cedí á sus encantos, ó me perdí para siempre. Desde entonces mis compañeros pusieron todo su conato en coronar su empresa, y de modo lo lograron, que en breve les aventajé en vicios, é impiedad. Banquetes, bayles, partidas de campaña, juegos y mugeres sucedieron á la frugalidad, al retiro, á las obras de piedad y á la continencia. Embrutecido en todo género de vicios, solo me complacia en la profusion y en el desórden. Es verdad que mi figura no es de las mas elegantes; pero mi oro suplía todos mis defectos: en tanto grado, que las Damas liberales disputaban á porfía para decidirme á su favor. Ninguna logró fixarme. Solamente esta infame hechicera, esta vil impostora, mas hábil que todas las demas en el artificio y en la seduccion, supo interesarme de tal manera; que no solo alcanzó mi amor y proteccion, sí tambien envilecerme en la mas vergonzosa esclavitud. Padres, cuya fortuna es escasa, no sintais al morir el no dexar á vuestros hijos en la opulencia; pues esta es á menudo un don el mas funesto para ellos: al contrario consolaos, considerando que si la falta de bienes les impone una vida trabajosa, y llena de cuidados; tambien les libra de millares de desórdenes, de la falsa amistad y de la seduccion. Quantos herederos poderosos compadecemos, degradados en toda suerte de vicios, que en la mediocridad habrian sido aplicados, virtuosos y útiles á la Patria. ¡Ah Señor! De la ex-

periencia nacen esas reflexîones. Sin las riquezas, que se disiparon á mis ojos como un monte de hielo, yo habria sido inclinado al trabajo, me veria en estado de procurarme una honesta subsistencia, y no en la vilipendiosa situacion de tener que asociarme á los engaños y artificios de una vil prostituta. Sí, Conde ¿lo creeriais? Esa muger que estimabais tan rendida y fiel, no tenia otra mira que vivir y satisfacer sus caprichos á vuestras expensas. Ella me habia jurado mil veces que á mí solo amaba, y que si os aparentaba afecto, era únicamente para probar si por vuestro medio me alcanzaba algun empleo, que asegurase nuestra exîstencia con algun lustre y comodidad; y que luego no la faltarian pretextos para apartarse de vos. Viendo que nunca se realizaban sus promesas, sospeché que me engañaba, y que solo pretendia ganar tiempo: por lo que la amenazé de que iba á abandonarla; pero declarándoos ántes la correspondencia que mantenia conmigo baxo el nombre de hermano, sus miras y....

Isab. ¿Qué podias declarar? ¿Como conocias mis miras? Conde, escucha: y pues es irreparable mi desgracia, sabe mis maldades y designios: sábelos de mi misma boca, para que te infundan mas despecho y horror. ¡Oxala bastase á despedazar ese tu corazon de modo que alejase para siempre de tí la tranquilidad y el reposo. Jamas te he amado; solo tu elevacion y riquezas he pretendido. Yo aspiré á ellas, y á tu mano: no por ser tuya, sino porque por su medio satisfacia mi ambicion, luxo y soberbia. Desde entonces empleé todos mis artificios y malicia en procurar á mi aborrecida rival quantas penas y disgustos alcanzé imaginar, para ver si podia acabar con ella: y haciéndome sorda á las voces de la naturaleza, me dispuse á la execucion de todo crímen, que facilitase mis intentos. Rezelosa de que el gran-

de amor que tenias á tu hijo, no te retraxese de contraer segundas nupcias, le hice perecer ahogado. Yo me prometí que su muerte dispondria la de su madre: y por esto la presenté de improviso el yerto cadáver, porque cogiéndola desprevenida, fuese el golpe mas penetrante y terrible. ¡Quantas veces intenté mezclar el mas activo veneno en los cordiales que se la dieron, para llamarla de los reiterados parasismos que padeció! pero la vigilancia, é infatigable zelo de Margarita frustró todas mis tentativas. Esa vieja enemiga, que siempre hallé prevenida contra mis atentados, fué en adelante el blanco de mi odio: tiempo hace que habia jurado su muerte, pero nunca se me presentaba el momento de la execucion. Ya casi desesperaba de poder consumar mi venganza, de un modo que no alarmase las sospechas de la familia contra mí; quando la noticia de su embarque reanimó mis esperanzas, y concebí el proyecto de hacerla perecer en la corriente. El Barquero al principio rechazaba mis proposiciones y ofertas; pero una suma considerable del que todo lo allana, le decidió á complacerme. Como este miserable (*Señalando á Douvigní*) no cesaba de importunarme por su empleo, amenazandome, te descubriria mis procedimientos é intrigas; y viendo por otra parte que ya no era dable disimular mas con él; pensé quitármele de delante, obligándole á acompañar á la maldita vieja en su paseo. (*A Douvigní*) ¡Pese á mi rabia! Tu aparicion desgraciadamente me convence de que has escapado de las riberas del espanto (*Al Conde*) Creime que ese Berti era el único, que con mayor verosimilitud podia exâltar tu odio contra tu esposa: por esto mantuve con él una larga correspondencia en su nombre, obliguéle á hacer un dilatado viage, y á presentarse á la Condesa en trage de criada, por-

que viéndole en el propio, no le reconociese al momento, y sus gritos y alarmas no diesen á sospechar que estaba inocente en el hecho (*Á Berti*) Yo te salí al encuentro, yo te introduxe hasta la pieza inmediata, yo misma avisé al Conde para que te sorprehendiese con su Consorte. (*Al Conde*) Confieso que esta vez me persuadí tocar al colmo de mis deseos, no dudando, que en los arrebatos de tu furor, serías el verdugo de tu misma esposa; y quando no, sus desmayos me darian lugar á envenenarla sin peligro. (*Á todos*) ¡Qué! ¿os estremeceis? ¿os horrorizan tales atentados? Sin duda que no sabeis lo que es ambicion. ¿Qué hombre, qué poderoso no sacrifica á sus semejantes para satisfacerla? ¿Á qué no obliga á los mortales la insaciable sed de la elevacion y riquezas? ¡Pero yo misma víctima de mis artificios y maldades! ¡Como el rencor, la ira y la desesperacion no acaban de sufocar mis envenenados suspiros! Objetos de mi rabia y aborrecimiento, venid, acabad conmigo, libradme de tan horrorosa exîstencia, no hagais tan dilatado el insoportable suplicio de vuestra vista. ¡Ah! ¡Si mis ojos, si el infernal aliento que respiro, bastase á asesinaros! ¡Que la desesperacion, la ira y la eterna maldicion caiga sobre...!

La rabia la sufoca.

Conde. Quitad de mi presencia á ese monstruo de maldad.

Los criados se llevan á Isabel, y Douvigní va á mudar de vestido.

Berti. Señor, perdonad mi atrevimiento: es verdad que siempre soy culpable; pero la declaracion de esa desventurada minora la fealdad de mi atentado.

Conde. Dexadme: ¡dexadme por piedad! Yo os perdono.

Parte Berti, despues de mirar á la Condesa y exhalar un profundo suspiro.

ESCENA V.

El Conde, la Condesa y Dumuy.

Conde. ¡En qué ciego letargo han sido entorpecidas mis potencias! ¡Oh pasion! ¡Oh ceguedad! ¡Yo mismo era el cómplice y fautor de la desolacion de mi familia! ¡Ay hijo! ¡Ay esposa! Reconoced en mí vuestro asesino! ¡Queridos objetos de mi alma! Si con el sacrificio de mi vida lograse resarcir quantos males os he causado; ¡y con que gusto lo haria! Pero ¿qué puedo esperar? ¿Mi ingratitud, mi extravío, mis injusticias podrán obtener un perdon que no merezco? (*Dumuy se acerca al Conde para consolarle*) Mi esposa podria perdonarme mis faltas; pero la muerte de aquel pedazo de sus entrañas..! (*Se abraza con Dumuy y siéntase*)

Dumuy. No os desconsoleis Señor: todo, todo os lo perdonará. ¿Podeis dudar del grande amor que os profesa? ¿Qué mejor testigo que la resignacion con que ha sufrido...?

Conde. Calla, calla por piedad: no reproduzcas tan tristes memorias. ¡Ah si vieras como en este momento despedazan mi alma! Déxame amigo, dexa que huya de su presencia. ¿Como podré suportar sus miradas, sus reconvenciones y...?

Dumuy. ¡Ah quan poco conoceis á vuestra Consorte! ¡Quan léjos está de reconveniros! Muy al contrario se tendrá por dichosa si la volveis á vuestra gracia.

Conde. Siendo ella únicamente la ofendida, yo debo implorarla. ¿Y me la acordará? En vano intentas lisonjear mis esperanzas, ¡Todo lo he perdido!

Dumuy. Os la acordará, os la acordará con la mejor voluntad. Vaya, Señor, no os resistais mas, y reparad en lo posible sus penas. Venid, venid. Ella va ya volviendo en sí, socorredla vos mismo; pues vuestros cuidados y consuelos serán el cordial mas

específico para reanimarla.

Conde. ¡Qué confusion! ¡Qué vergüenza experimento en este lance!

Dumuy. (*Impeliéndole hácia la Condesa.*) Vencedla, Señor, vencedla. ¡Ah quan feliz vais á ser!

Conde. (*Va á echarse á los brazos de su Esposa, y retrocede.*) No los merezco. (*Se arroja á sus pies*) ¡Esposa querida! ¡Esposa la mejor! ¿Como podré convencerte de mi síncero arrepentimiento?

Cond. ¡Ay Dios mio! ¡Qué angustia! Jóven imprudente, solo adoro á mi Esposo. ¿Qué pretendes? Aparta, huye, ó mátame ántes... (*Reconoce al Conde, y expresa la mayor admiracion y regocijo*) ¡Pero qué! ¿Eres tú?

Conde. El mas arrepentido de todos los culpados.

Cond. (*Pónese en la misma postura que su Esposo, para obligarle á que la dexe*) ¡Oh imponderable felicidad! (*Aparte*) ¡Extraña mudanza!

Conde. Excelente muger perdoname tantas injurias, olvida tantas ingratitudes. Es verdad que te he ofendido sobremanera...

Levantándose ayuda á la Condesa á sentarse en el canapé.

Cond. Esposo amado: si yo lo deseo mas que tú, mira si me costará mucho el otorgártelo.

Dumuy. ¡Qué momento! ¡Qué lágrimas tan deliciosas! Queridos amos mios, pidamos á Dios que bendiga tan feliz reconciliacion. Señor ¿no os lo decia yo?

Conde. ¡Ah mi buen amigo! Como á los hombres les cuesta tanto perdonar las ofensas...

Dumuy. Pues mi mayor satisfaccion consiste en ello.

Conde. Siendo así, bien olvidarás mis injurias y sospechas.

Dumuy. A mí me basta que reconozcais mi inocencia.

Cond. (*Aparte*) Estoy atónita, no sabiendo á que atribuir tan feliz cambio!

Conde. En medio de la ceguera que tenia embargado mi entendimiento, poco me costaba creer todo lo que podia halagar mi vil pasion. (*Á la Condesa*) Ní tu acreditado afecto y fidelidad, (*Á Dumuy*) ní tus muchos años y buenos servicios pusiéron obstáculo á mi credulidad. Parecíame que los crímenes de mi Esposa autorizaban los mios; y sin atender á las circunstancias, ní al que juzgaba cómplice, me decidia á creerlos. ¡Es posible que el entendimiento del hombre llegue á tal extremo de preocupacion y miseria!

Cond. ¡Quanta satisfaccion me causan tus ingenuas confesiones! Ellas me son los mejores garantes de la eterna posesion de tu cariño.

Conde. Sí, mi única, mi mejor amiga. Me irrito al imaginar que he acarreado tantos quebrantos á tu inocente y cándido corazon.

Cond. Amado Conde, cesa de mortificarte con importunos recuerdos: yo me doy por satisfecha, persuadida de que he adquirido para contigo mayor aprecio y afecto.

Conde. ¡Oxala pudiese mi lengua explicar lo que aquí pasa! (*Señalando al corazon*) Pero dígante sus latidos la grande conmocion que experimento, y que la muerte sola podrá extinguir mi constante amor.

Cond. ¿Qué algazara se oye en las piezas inmediatas?

Dumuy. ¡Qué dicha! Amada señora, será el complemento de vuestra felicidad. *Parte.*

Cond. No lo entiendo.

Conde. ¡Dios de bondad! ¡Es Margarita!

Cond. ¿Como? ¡Se libró de las aguas! Conde, ayúdame: salgámosla al encuentro.

Conde. Es inutil.

ESCENA VI.

El Conde, la Condesa, Douvigní con otro vestido, y Margarita conducida en unas andas por quatro aldeanos, sirviéndola de apoyo una de las criadas.

Cond. ¡Mamá querida! ¿Es posible que vuelva á abrazaros?

Se abraza con Margarita y luego con el Conde.

Marg. ¡Amiga mia de mi alma! No esperaba regresar á tu seno. ¡Oh Dios benéfico! ¡Será verdad lo que miro! ¡Abrazada con tu Esposo! Qué felicidad! ¡Qué mudanza tan repentina!

Cond. Sí, él es ya mio, todo mio.

Conde. Dichosa Margarita, pues no os atosigan los crueles remordimientos, que indefectiblemente acompañan al crímen. ¡Feliz aquel que nunca se ha desviado de la virtud!

Marg. Ya no me queda que desear: ya moriré contenta, si el susto que ha quebrantado mi salud, acaba conmigo.

Cond. Por Dios no trateis de morir: ántes procurad conservaros para vuestros buenos amigos. Me estremezco al considerar el riesgo que habeis corrido.

Marg. De quan poco sirviéron mis precauciones, y mi seguridad en la compañía de Douvigní, si el pobre tambien era de los proscriptos; pero con todo gracias á su bondad, si aun gozo del beneficio de la vida.

Cond. ¡Quanto os quedo obligada por la recuperacion de mi buena amiga! Yo os daré testimonios nada equívocos de mi reconocimiento.

Douv. Solo hice lo que se debe á la humanidad é inocencia. Quiera Dios que mis buenas acciones alcanzen borrar mis pasados desórdenes. (*Habla con el Conde en secreto.*

Marg. (*Aparte á la Condesa.*) ¿Y aquella infame qué

se ha hecho? ¿Porqué medios se ha logrado una tan pronta reconciliacion?

Cond. (*Ap.*) Tambien es un arcano para mí.

Marg. (*Ap.*) Despues lo averiguarémos. No conviene hablar de eso en presencia del Conde.

Douv. Señor, es verdad que los dos hemos sido vilmente engañados; pero á lo ménos vos habeis podido reparar las desgracias, que os ha causado esa desdichada. Mas yo ¿como restauraré mi patrimonio que ella arruinó? ¿Como subsistiré en adelante sin medios, sin crédito y sin honor? ¡Ah pérfida! ¡No te bastaba mi ruina, que aun apetecias mi muerte!

Conde. ¿Y como os librasteis de la iniqua trama?

Douv. Una cierta turbacion que noté en el Barquero, me hizo sospechar: y poniéndome en observacion, aunque con todo disimulo, exâminaba todas sus maniobras y acciones, que quanto mas él procuraba recatar de mi vigilancia, mas atizaban mi curiosidad y rezelo. Quando opinó oportuno el momento de cumplir con su atroz comision, levantarse, dar una patada en el suelo del bote, abrirse un boqueron y tirarse al agua, todo fué obra de un cerrar y abrir de ojos. Confieso que á no haber sido muy grande mi atencion, se me habria escapado sin remedio. Echéme tras él, y agarréle, diciendo: Traydor, si estimas tu vida, salva la mia, ó los dos pereceremos. Él empleó todas sus fuerzas para desasirse de mis manos, hasta que desesperando conseguirlo, se determinó á ganar la orilla. ¡Qué tremenda lucha es la de la muerte! No es posible haceros un débil bosquejo de aquella horrorosa situacion. Los gritos y votos de la pobre Margarita, que iba á sumergirse, herian mis oidos, y los de la conciencia despedazaban mi alma. En aquel amargo instante se

me representaban con toda su fealdad los vicios, que me habian arrastrado á tan desesperado trance. Al cabo de un buen rato pudimos tomar tierra; ¡pero qual fué mi sorpresa al reparar que Margarita que ya contaba abismada en las aguas, aun se mantenia encima de la barca! Moderando entonces los impulsos de mi furor y venganza, tomé de la mano al Barquero, que de rodillas me suplicaba disimulase su crímen. Desgraciado, le dixe: Si quieres conservar tu infame vida, ha de ser librando la de aquella Señora, que está para naufragar. Obliguéle á echarse de nuevo en el rio, llevándose uno de los cables de que oportunamente nos proveyeron estos honrados Aldeanos, que habian acudido á socorrernos.

Cond. ¿Como es posible que el bote tardase tanto en sumergirse?

Marg. Supe conservar en tal conflicto la mayor presencia de espíritu, y hallar medio de retardar el desastrado fin que me amenazaba. ¡Qué mortales angustias padecia, al ver que los únicos en quienes podia esperar, no acababan de llegar á salvo! ¡Y quanto se aumentaban, al considerar que en llegando, quizá no se hallarian en estado y con fuerzas para librarme! La aparicion de esas buenas gentes me infundió alguna esperanza; pero en breve se desvaneció, pues ninguno de ellos osó echarse á nado: solo me tiraban cables, que por la mucha distancia no me alcanzaban. En fin saliéron á tierra mis compañeros: ví que uno de ellos venia otra vez hácia mí; pero en ocasion que ya creia inutil su socorro, de manera que á pocas brazas de distancia me sumergí. Ya juzgaba cierta mi muerte; quando alargando las manos en busca de algun objeto de que asirme, topé con uno, y agarrándole fuertemente, á poco rato me halle en la ribera, en donde cediendo á mis esfuerzos, y á la vio-

lencia del susto, caí en un mortal desmayo.

Douv. En ese estado os dexé, recomendando á estas gentes que cuidasen de vos con todo esmero, que tuviesen la bondad de prestaros algunas ropas, y que en recobrándoos os conduxesen aquí. Animado de la mas sangrienta venganza, y olvidando los trabajos y fatigas que acababa de experimentar, me vine volando en busca de la malvada Isabel, resuelto á darla muerte donde quiera que la hallase. Quiso la casualidad que al llegar á los patios, viese ensillado el caballo del Postillon, que vá y viene de la Corte: exâmino las pistolas, hállolas cargadas, y con ellas libro á la humanidad de la mas horrible esfinge.

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos y Dumuy.

Dumuy. ¡Gran Dios! ¡Quan terribles son tus castigos! Tu abandonas al malvado á sus remordimientos, y á la mas rabiosa desesperacion, paraque privado de tus auxîlios se obstine en su contumacia, y muera impenitente. ¡Desgraciada Isabel! Mejor te fuera no haber nacido!

Marg. ¿Murió ya la infeliz?

Dumuy. Aun no, pero pienso no tardará. ¡Si vierais que terribles agonías padece! Su vista sola infunde espanto. Sus cabellos erizados, su boca espumosa, sus ojos muy abiertos y ensangrentados, sus manos gafas en ademan de despedazar alguna presa, en fin todas sus acciones indican la rabia y desesperacion que la devoran. Ella ha rehusado todos los socorros y remedios; ha rechazado y llenado de injurias al Sacerdote que venia á asistirla, y maldiciendo y blasfemando sin cesar, solo llama á la muerte.

Marg. ¡Desgraciada! ¡Quan espantosa es la muerte del réprobo!

Cond. ¡Quanto la compadezco! Dios quiera iluminar su entendimiento.

Conde. Vámonos á descansar, que bastante lo necesitamos todos. Amada Esposa: ya que en esta dichosa noche se restablece nuestra antigua felicidad, quiero señalarla, haciendo los posibles beneficios á todos. Dumuy, repartirás entre esa gente honrada cien Luises.

Dumuy. Viva mi amo.

Parten los Aldeanos haciendo muchas cortesias.

Conde. Douvigní, vos seréis mi Secretario, y portándoos con la probidad que espero, yo cuidaré de reparar en quanto sea dable vuestra fortuna.

Douv. Mi sumision y zelo en agradaros os convencerán de mi enmienda y fino agradecimiento.

Conde. Á Margarita y á Dumuy les cedo una de las casas que poseo en la Corte, y á mas una pension vitalicia á cada uno.

Marg. Por mí os lo agradezco. ¡Yo apartarme de mi querida ahijada!

Dumuy. ¡Bella recompensa! ¡Desterrarme de vuestra casa! No Señor. Mas quiero no me deis nada.

Conde. Fieles amigos, abrazadme. Mi tierna esposa, y vosotros seréis en adelante los únicos y dulces objetos de mi cariño. Padres de familias, escarmentad en mí. ¡Ah si conociéramos los inumerables daños que nuestros extravíos las acarrean! Lo mas doloroso es, que quando nos reconocemos, son ya irreparables. ¿Como borrar la deshonra de una imprudente Esposa, que se creyó vengarse de nuestro desapego y liviandades, oponiendo otras tantas de su parte? ¿Como reprimir los desórdenes de unos hijos, á quienes nuestra mala doctrina y exemplo han inducido á todo género de vicios?

¿Qué se puede esperar de aquellas hijas, á quienes sus detestables madres hacen servir de atalayas y mensageras de sus impúdicos amores? ¡Ah y como los brutos y hasta las mismas fieras nos echan en cara, y reprehenden nuestra barbarie! Ellas nos enseñan que con el solo instinto, que el Autor de todo lo criado las concedió, procuran librar á sus hijos de todo enemigo, ahuyentarles de los precipicios y enseñarles á evitarlos: y nosotros, dotados de una razon casi divina, léjos de prevenírselos, mas desnaturalizados y crueles, les conducimos con nuestro mal exemplo á las orillas del escollo de todas las pasiones y vicios, en que les precipita su poco juicio, inexperiencia y propension al mal. Tantas esposas sin honra, tantos hijos rebeldes y perdidos, tantas hijas nada escrupulosas y sin pudor, tantas mugeres venales, oprobio de la naturaleza, tanto luxo, libertinage, insolencia, liviandad, tantos divorcios, robos, asesinatos, en fin todas las maldades, y hasta la misma muerte trae su origen de la condescendencia, mal exemplo y depravacion de los Padres de familias. Nosotros, siendo el espejo en que ellas se miran, somos responsables á Dios y á la humanidad, de quantos males y desgracias acontecen por culpa nuestra. Reformémonos pues, y será reformado el mundo.

FIN.